

95 Batallón de Soldados Trabajadores

I s a a c A r e n a l

Edición digital | *Argitalpen digitala:*
2009. Memoriaren Bideak / Gerónimo de
Uztariz.

Fecha y fuente | *Data eta iturria:*
Autoedición personal, Madrid, 1999 / 1999,
Madril, argitalpen pertsonala.

Web oficial | *Jatorrizko webgunea:*
www.esclavitudbajoelfranquismo.org

Licencia de uso / *Erabilerako Lizentzia:* Creative Commons.
Atribución - No Comercial - Sin obras derivadas
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>

Nota: Estos documentos han sido digitalizados con herramientas de reconocimiento automático de texto (OCR) de modo que pueden aparecer algunos errores e imprecisiones no existentes en los originales. Se agradecerán las aportaciones para subsanar los errores en el futuro.

Dokumentu hauek testua automatikoki ezagutzeko tresnekin (OCR) digitalizatuak izan dira, eta jatorrizko dokumentuetan agertzen ez ziren akatsak ager daitezke horren ondorioz. Beraz, eskertuko genizueke horren berri ematen badiguzue.

II PARTE

95 Batallón de Soldados Trabajadores

CAPÍTULO 1

Caja de Reclutas

En aquel patio del cuartel del ejército se estaba efectuando una vez más, como cada año, el sorteo de reclutas para su posterior destino a los distintos puntos de la península, incluyendo Baleares, Canarias, Ceuta y Melilla. La mayoría de los jóvenes pertenecíamos a la quinta de 1942, es decir, habíamos cumplido 21 años. Esta quinta fue la última que movilizó el gobierno de la República durante la Guerra civil, si bien es cierto que la mayoría de ellos entraron en combate en el año 1939, sí actuaron en la retaguardia. La *zona nacional*, llamada por nosotros franquista, sólo había movilizado filas hasta el año 1941.

Se observaba que había una minoría, que por distintas causas, estaba allí, y la aparente alegría que siempre reinaba en estos casos no era compartida por la misma. A pesar de pertenecer a la quinta de 1942, me encontraba en aquel lugar por circunstancias especiales, estaba en libertad condicional por delito político. Había sido condenado en el año 1939 por un tribunal militar a la pena de “doce años y un día”, pero posteriormente fue conmutada, en aquellos célebres indultos del régimen, por la de “seis años y un día”.

Me habían citado en el mencionado lugar para mi posterior destino y la notificación se la entregué al oficial de guardia. Éste miró la lista que tenía en la mano, después me miró a mí, y por el gesto que hizo, no debió cuadrarle mentalmente mi aspecto personal con lo que en la notificación estaba escrito, porque me dijo escuetamente: ¡espere en la sala!

En el patio estaban citando por orden alfabético el destino que les había tocado en el sorteo, y por la ventana que daba a aquel lugar, oí que se saltaban mi apellido. En la sala iban entrando algunos jóvenes más, y por algo indefinido que podíamos tener los ex-combatientes del ejército republicano y nuestra posterior reclusión en la cárcel, para nosotros había un “destino especial”.

En aquel pequeño grupo de 30 ó 40 personas nadie sabía nada. ¿A qué unidad nos enviarán? Todo eran cábalas y reflexiones. Si hemos estado en la cárcel y ahora estamos en libertad condicional, o se ha cumplido condena, ¿cuál es nuestra posición en relación con este ejército, teniendo en cuenta la guerra en Europa y la ambigua posición del régimen en relación a la misma?, ¿nos integrarán en el ejército?, ¿la represalia del franquismo podía llegar a ésta discriminación? ¡Qué falta de información por nuestra parte!, ¡qué despiste ideológico! Si mal no recuerdo, en aquel pequeño grupo la mayoría eran de las quintas de 1936 a 1941, excepto otro camarada y yo. Digo camarada, porque así era y fué, ya que ambos habíamos pertenecido a las J.S.U. y rápidamente nos hicimos amigos, tanto es así, que cuando nos pusieron en marcha permanecimos juntos unos cuantos años, ¿recuerdas Ramón?

Cuando marchábamos por la calle Delicias le pregunté al soldado que iba escoltándonos con su correspondiente fusil: ¿dónde vamos?, ¡a Yesserías! -respondió-, ¡pero si eso es un campo de concentración! Se encogió de hombros y no me contestó.

Mi experiencia de años me había aconsejado que en los desplazamientos llevara ropa interior, algo de comida, y los correspondientes útiles para el aseo personal, ya que durante el régimen de Franco me guardé muy mucho de cuidar el aspecto personal. Físicamente no guardaba relación con la propaganda fascista de cómo éramos los “rojos”. Estoy hablando del año 1942, y mucha gente inculta, y menos, pero con una

mente retorcida por la propaganda, llegó a pensar que teníamos “rabo”, claro, en la parte posterior.

Desde la caja de reclutas que estaba en la calle Pacífico, cerca de la Glorieta de Atocha, nos llevaron andando al campo de concentración de Yeserías. Sinceramente, ignoraba lo que pensaban mis compañeros, aunque todos coincidíamos en lo mismo: ¡Bueno, a ver que sucede! Nadie nos dió explicaciones, éramos parte del ejército derrotado y, además, por la escolta que llevábamos, estábamos calificados políticamente. Cambiando impresiones con mi compañero, llegamos a Yeserías.

CAPÍTULO 2

Campo de concentración de Yeserías (Madrid).

El lugar de concentración llamado por el ejército *Depósito de reclutas de Yeserías* (posteriormente en certificados oficiales se reconoce: campo de concentración Miguel de Unamuno), y por nosotros, campo de concentración, era un edificio de varias plantas de forma casi rectangular que en tiempos de la II República fue uno más de los muchos que se construyeron en los barrios o distritos de Madrid. Ubicado cerca de la Plaza de Legazpi, y a unos doscientos metros de la cárcel de mujeres de Yeserías, en aquella época -año 1942- se destinaba de forma eventual para albergar a los soldados que posteriormente se distribuirían a los distintos lugares del país a trabajos forzados para la construcción y arreglo de vías, túneles, carreteras y pistas.

En aquel edificio tenían sus oficinas y administración, incluyendo los archivos, los ya prácticamente disueltos *batallones de desafectos*. Este detalle, que no tenía importancia para nosotros en aquella fecha, lo debía tener para algunos posteriormente.

Todo el edificio estaba rodeado de alambradas, pues en aquella época no existían casas colindantes, y sí una gran extensión de terreno en la

parte frontal, donde normalmente servía para correr en plan de castigo o hacer un agujero y volverle a llenar. Allí, por primera vez, vi correr a un compañero con un saco de tierra a la espalda hasta caer extenuado - sinceramente, hoy sigo sin comprender cómo pudo llegar a aceptar este castigo sin reservar fuerzas, es decir, disimular la extenuación-, lo que casi le cuesta la vida.

Una vez que pasamos las alambradas que había en la entrada de la calle -allí si había casas muy humildes-, entramos en un patio interior. En el estaban varios jóvenes de paisano, como nosotros, lo cual hacía pensar que procedían de otras cajas de reclutas, como así era, en efecto.

Nos formaron una vez más para el recuento y pasar lista, al que teníamos que contestar por el segundo apellido. Eso de pasar lista constantemente y formar, fue una práctica habitual, una obsesión o represión, de algún oficial, sargento o cabo, aunque eran normalmente los sargentos los más preocupados por salvaguardar su responsabilidad de que alguno se hubiera “perdido”.

Mientras estaba formado empecé a observar el lugar y cada vez me gustaba menos. Daba la sensación de que estábamos presos o demasiado custodiados. En aquel lugar estaba la cocina, bueno, de alguna forma hay que llamarla: ¡unas vigas de hierro sobre pilastras de cemento y unas calderas para el rancho! De frente, el cuerpo de guardia con más escoltas con fusiles Mausser, nos observaban con curiosidad, posiblemente calibrando futuros enemigos que custodiar o tener en cuenta. A fuerza de ser sincero, ya no me iba extrañando nada e, incluso, había un “artefacto de madera” en forma de máquina de tren, que posteriormente nos enteramos servía para despiojar (dicho sea de paso, los piojos abundaban más que las lentejas que nos sirvieron en días sucesivos).

A media tarde, aproximadamente, vuelven a ordenarnos formar para entregarnos un plato, una cuchara y emplazarnos en la segunda planta. Era una amplia nave con ventanales que daban al patio con varias docenas de camas con colchón de paja y una manta. Acostumbrados a dormir en el suelo durante nuestra estancia en la cárcel, con aquello nos parecía que habíamos ganado en el cambio, ya que durante años, lo nor-

mal era dormir en el suelo hacinados sin más espacio que ocupar que el de un metro cincuenta de largo por cuarenta centímetros de ancho. Así era la Prisión Central de Valdenoceda.¹

A las dos horas de estar alojados tocan de nuevo a formar. En esos momentos ya nos habíamos comido unos bocadillos que algunos trajimos de casa, ya que la veteranía y las circunstancias pasadas en situaciones difíciles, aconsejaban tener algo que comer para los primeros días. Efectivamente, aquel día tocaron “fagina” a las seis de la tarde, Ramón, varios más, y yo, ante el aspecto de la comida nos abstuvimos de comerla. Al día siguiente ya empezamos a informarnos a través de los veteranos -es decir, de los que llevaban varios días- de todo cuanto nos pudiera interesar, e incluso, de las características de los mandos, ya que eso, en tiempos pasados, influyó en el comportamiento para con nosotros. ¿Eran falangistas?, ¿requetés? ¿Procedían los mandos de la academia?, los soldados de las escoltas, ¿de dónde eran?, ¿su procedencia era de nuestra zona o de la otra?, ¿habían hecho la guerra con nosotros? Se podía escribir mucho sobre todos estos detalles, pero una vez más me voy a mi relato personal.

¿Cual era nuestro estado legal dentro del ejército? Allí nadie sabía nada, ni siquiera el Estado Mayor Central sabía qué hacer con nosotros mientras la guerra europea estuviera en marcha, posiblemente fue un compás de espera y a nosotros nos tocó pasar, desgraciadamente, cuatro años como soldados trabajadores (penados).

¿Dan permisos? Sí -nos contestaron-. A algunos compañeros les dejan ir a dormir a casa, ¿pero a quién o a quiénes? Depende de la recomendación o de que se “haga amistad” con algún cabo o sargento.

Debo señalar que dentro de la situación colectiva en que nos encontrábamos, había la individual de las quintas. Personalmente nada tenía que ver a efectos de licenciamiento con las quintas del 36 al 41, y eso significaba que sería de los últimos en licenciarme. Todos los compa-

¹ Prisión “provisional” en la provincial de Burgos. Era un caserón viejísimo que en tiempos remotos había sido una fábrica de seda. En las vigas al descubierto había miles de chinches y estos parásitos caían por la noche sobre nosotros como aviones en picado.

ñeros habían estado en la cárcel, en batallones de desafectos, e incluso, prisioneros, y se rumoreaba que esto último podía servirles para disminuir su tiempo en filas.²

Algunos familiares nuestros tuvieron la paciencia de estar en la calle hasta que nos vieron salir para Yeserías, el problema era el cómo nos comunicábamos con ellos. En aquella época había muy pocos domicilios con teléfono, sobre todo en casas particulares, por lo que prácticamente no quedaba más remedio que comunicarse verbalmente o por escrito. Donde vivían mis padres una vecina lo tenía, lo que significaba que en el momento en que me fuera factible, lo haría. El problema era ¿cómo?

Los compañeros nos dijeron que había censura en las cartas, así que lo mejor era escribir y dárselas a los que salían con permiso, en el supuesto de que éstos quisieran aceptarlas. Efectivamente, escribo a mi familia y le comunico mi situación. Como a través de mis padres me enteré de que en la vecindad vivía un mando retirado del ejército, que en guerra nadie se había metido con él, les pedí que procurasen verle para explicarle mi situación e intentase conseguir que me dieran un pase pernocta.

Hacen la gestión, y a los pocos días uno de los tenientes me llama para comunicarme que está a mi disposición y que qué puede hacer por mí. Le contesto que el pase y pasar lo mejor posible que tiempo de estancia en Yeserías. Me da el pernocta y me dice que mi misión va a consistir, es día que esté de guardia, en no moverme de su lado por si necesita que le traiga algo de su casa. Desde aquí mi agradecimiento por aquel detalle.

Aquel oficial procedía de una academia, aunque ignoro más detalles sobre él. Sin embargo, lo que observé, es que se limitaba a sus obligaciones de servicio, y cuando comenté con él las irregularidades, por no

². Como he indicado antes, en un ala del edificio (que había sido un colegio en tiempos de la República) estaban situadas las oficinas de los disueltos batallones de desafectos, prisioneros etc. El conocimiento de su dinámica, sus licenciamientos, me sirvió de mucho para mi actuación posterior. Repito una vez mas que nadie informaba de nada, teníamos que ir con el B.O. o el conocimiento suficiente para que se cumpliera lo que estaba legislado. Desgraciadamente habrían de pasar unos años.

decirle arbitrariedades, me dijo que no podía hacer nada para soluciones colectivas, sólo favorecerme individualmente cuando él estaba de guardia.

Una vez hablé con el oficial y me dieron el pase, volví contento a hablar con mis compañeros (ya habíamos hecho amistad unos cuantos) para que prepararan las cartas o recados para sus familiares. Desde que ingresé hasta que pude salir por primera vez habían transcurrido aproximadamente ocho días, días que iban perfilando -aunque no terminaba de verlo claro- lo que podía ser nuestra vida cotidiana: sólo formar y formar, derecha, izquierda, izquierda, derecha, de frente, bajo un sol que en ese mes en Madrid ya se notaba. Afortunadamente me libro de eso -por el “enchufe”- durante un par de días o tres a la semana, el resto como los demás.

Aquel día y otros muchos tocaban la corneta, a formar para controlar al personal, esa era la constante, lo repito una vez más. Era una táctica para anular la voluntad del individuo y que ésta quedara supeditada a unas órdenes y a un toque de corneta. ¿Otro toque de atención?, ¿van a repartir el correo! Otro toque, y otro, y otro... y así todo el día.

Cuándo desgraciadamente -no se puede emplear otro calificativo- más se corría era con el toque de “fagina”, ¡era la hora de comer! De alguna manera lo tengo que llamar. Pero aquí surgen las individualidades, dos compañeros por aquí, otro por allí, por aquel lado otros, van despacio, quieren sentar un precedente de dignidad. Con este acto no premeditado colectivamente nos empezamos a conocer unos cuantos y forjamos una futura amistad en los próximos años dentro del batallón y, sin saberlo, todos teníamos la misma base ideológica.

Cuando repartían comida, que consistía normalmente en lentejas con agua y muy poco condimento, algunos, o muchos, se ponían al reenganche. No es necesario decir, que mesas y sillas eran un lujo y todo se desarrollaba a la intemperie. La actividad “normal” fue siempre, en estos aspectos y en otros, el considerarse en campaña, e incluso, posteriormente sin agua corriente y sin servicios higiénicos.

Durante mi permanencia en Yeserías -aproximadamente cuatro meses por recomendación- había continuas entradas y salidas de personal destinado a las distintas *Agrupaciones de Soldados Trabajadores*, aun-

que si bien es verdad que muchos iban destinados directamente, procedentes de las cajas de reclutas o de la cárcel.

Deseo destacar una anécdota en relación con las “prisas” para ir a comer. Algunos eran campeones pedestres y otros íbamos a paso normal sin hacer ostentación y sin mucha prisa. Una vez formada la fila, el teniente, que había observado el movimiento de acercamiento varias veces, mandó dar una vuelta completa y los últimos quedamos los primeros. La comida se repartía en dos grandes perolas por los escoltas, que se servían primero y por orden superior, y claro está, cogían lo más sólido. Esta táctica fue siempre así en todos los destacamentos.

Con el teniente al que estaba recomendado mantuve varias charlas, debido, fundamentalmente, a su curiosidad por saber las razones por las cuales me encontraba allí, momentos que aprovechaba para contarle lo que sucedía entre bastidores, ya que muy posiblemente no lo quería ver o que lo considerase como algo normal. Lo cierto era que cuando él estaba de guardia se notaba que desaparecía esa represión sostenida de los escoltas, ya fueran soldados rasos o suboficiales. Guardando las distancias, siempre fue grato recordar a aquel teniente al compararlo con otros, y aunque lamento no recordar su nombre, ¡gracias por los detalles que tuvo conmigo!

Para demostrar la confianza que había depositado en mí durante aquella época en la que para algunos éramos “rojos peligrosos”, quiero contar lo siguiente: al parecer habían sustraído del cuarto de banderas -en el que sólo allí entraban los oficiales y suboficiales- algunos objetos y dinero. Él tenía una pistola de nueve corto con cachas de nácar realmente preciosa y me la dio para que se la llevara a casa, pero cuando le hice la observación de que podíamos estar al límite de una legalidad me contestó: “bueno, guárdamela en tu maleta que después la recojeré”. ¿Recuerdas Ramón lo que sucedió después? La pistola, que estaba sin seguro y tenía una bala en la recámara, se disparó agujereándome la maleta, ¡vaya susto!

El tiempo que permanecemos en Yeserías no trabajamos de pico y pala, “instrumentos” que nos acompañarían durante años y que les juramos odio eterno desde el primer momento. Hubo alguna excepción en eso de “trabajar”; uno de los castigos o vejaciones que sufrieron algunos de los

compañeros -los castigaban por diversos motivos: por no justificar la falta a lista o por no decir quién les había dejado salir del recinto- consistía en hacer un hoyo de su misma altura para posteriormente volverlo a tapar. El trabajo era agotador por el ritmo que imponían, pero mayor era la inutilidad del esfuerzo.

Como estábamos sentados en el suelo cuando dejábamos de hacer instrucción, por no levantarse al paso de un simple cabo, o bien recibían la consabida bofetada, o tenían su correspondiente sanción: barrer, fregar, pelar patatas, etc.

Ya desde el primer momento observamos que el comportamiento, en general, de los soldados escoltas fue muy duro. Sólo lo comprendo ahora para disculparles su falta de cultura en su más amplio sentido social y político, e ignoro, si a estos soldados les enviaron a esos batallones de forma discriminada, pero la triste realidad, independientemente de las órdenes recibidas, es que las cumplieron muy holgadamente en su aspecto represivo y, en muchos casos, corregidas y aumentadas.

En Yeserías había por aquella fecha un cabo que se destacaba por su “mala leche” y por su persecución continúa. El día que le tocaba servicio había que estar muy atento para impedir que la tomara con uno, y tanto Ramón como yo, pensamos darle un escarmiento, si bien es cierto que nosotros, en particular, no le habíamos dado ocasión para practicar su “hobby”. El problema estaba en qué podíamos hacer.

Comentando esto, y hallándonos en la segunda planta, miré hacia el patio interior y pude ver al cabito. De forma irreflexiva le tiré un balde lleno de agua, sin pensar, ni mucho menos, en que el “proyectil” no le daría y que esto, por el contrario, podía proporcionar alguna medida represiva.

El cabo y varios escoltas subieron rápidamente por las escaleras, pero Ramón y yo bajamos antes al piso primero e iniciamos la ascensión al segundo como si nada fuera con nosotros. El cabo nos preguntó si habíamos visto bajar al alguien, pero nosotros nos hicimos un poco los despistados: ¿qué preguntáis? Nos apartaron del paso y subieron. Ignoro qué comentarios hicieron y si la caída fue casual porque alguien se había dejado el cubo en el alféizar de la ventana.

Las referencias que llegaban de “radio macuto”³ no eran muy alentadoras, pero la mayoría estábamos deseando salir de allí e incorporarnos a los batallones. La incertidumbre del destino era constante y eso minaba nuestros ánimos.

Un buen día, o no tan bueno, nos dicen que salimos para Arcos del Jalón (Soria), bueno, eso de que nos lo dicen es pura broma por mi parte. Lo cierto es que tocan a formar y nos dicen que va a ver una expedición para los que a continuación señalan. Recojan sus cosas y vuelvan nuevamente a las filas. ¿A dónde vamos, se puede saber? A Soria. El “servicio de información” empieza a funcionar: vamos a Jubera (Soria). ¿Dónde está Arcos?, ¿y Jubera? Nos formaron de nuevo, y aproximadamente ciento cincuenta hombres nos llevan a la estación de Atocha. Efectivamente, vamos a los sitios señalados.

Después de varios meses íbamos a dejar el “depósito”, el succulento desayuno de agua con color de malta, la bazofia de comida que nos daban. La realidad era que el que no tenía dinero, o le llegaba un paquete de la familia, o pasaba hambre sin paliativos. La ayuda familiar era escasa porque la clase trabajadora en aquella época lo pasaba fatal, y máxime si eran represaliados políticos, ya que les impedían trabajar.

Cómo desconocíamos el futuro, y la juventud tiene esperanzas, las nuestras era que a lo mejor estábamos exagerando, ¡qué equivocados estábamos!

³. Empezamos a llamar así, ya en las cárceles, a la información indirecta. En algunos sitios era “radio petate” (Jergon de paja, normalmente muy pequeño), y esta “radio” recogía, inventaba, exageraba, daba ánimos o los quitaba, todo dependía de dónde salía la información... ¿era cierto que en la última expedición a Canarias habrían precintado los vagones y durante dos días no los abrieron?, ¿fue cierto?, ¡no lo sé! La última expedición a Canarias los llevaron andando 25 kilómetros bajo un sol tórrido y hubo alguna baja mortal, ¿fue cierto?

CAPÍTULO 3

Estación de Jubera (Soria)

Una vez en la estación, y fuertemente escoltados, nos suben y encierran en unos vagones de carga -que son los que normalmente se empleaban para el transporte- que solamente se abrían en algunas paradas, o al final del trayecto, bajo las órdenes exclusivas del jefe u oficial al mando del traslado.

Tardamos aproximadamente doce o catorce horas en recorrer 180 kilómetros. Eran las diez de la noche cuando llegamos a la estación de Jubera, mejor dicho, a unos kilómetros antes de llegar, frente al pueblecito soriano del mismo nombre que en aquellas fechas lo conformaban cuatro casas mal contadas y una iglesia que se detectaba en la oscuridad.

Se pasó lista y, como era normal, no faltaba nadie. Como ignorábamos todo sobre nuestro destino, pensamos que en aquel lugar estaríamos al menos tres años, el tiempo que calculamos a groso modo habían estado en guerra las quintas del 36 al 41; de las del 42 se ignoraba todo.

Una vez hubieron pasado lista, el tren continuó su marcha para dejar en Arcos de Jalón a otros compañeros. A nosotros no llevaron monte arriba hacia nuestro alojamiento, unas edificaciones que se utilizaban para re-

coger el ganado ovino por las noches o en tiempo de frío, con unas dimensiones que venían a ser de veinte metros de largo por dos de ancho y, en la parte más alta, de un metro cincuenta. Como nosotros éramos “ganado”, el sitio más adecuado eran esas “parideras”, y allí pasamos una noche de frío a pesar de que estábamos a primeros de septiembre. Porque carecíamos de mantas y dormimos en el suelo.

A la mañana siguiente nos levantaron a las seis, desayunamos la rica malta y nos distribuyeron andando, a unos para la estación de Jubera, a otros a Río Blanco y el resto para Arcos de Jalón. A Ramón y a mí nos toco en “suerte” los barrancos de la estación, unas edificaciones que estaban ubicadas a unos doscientos metros de la propia estación de ferrocarril, hechas de maderas rectangulares -tipo clásico de los campos de concentración-, sin agua corriente y, por supuesto, sin servicios higiénicos.

En aquella época (1942) había tres barracones: uno para los soldados trabajadores, otro para los escoltas y un tercero, más pequeño, para cocina y almacén de víveres. Las condiciones de habitabilidad eran de una absoluta falta de higiene, el suelo era de tierra, carecía de ventanas propiamente dichas -unos ventanucos completamente cerrados en la parte superior- y la única ventilación venía de la puerta de entrada que siempre estaba abierta y con un centinela día y noche. Ni que decir tiene que el clima que hace allí, fundamentalmente en invierno, es bastante extremo, y ya a primeros de septiembre empezamos a notar un frío intenso por las noches.

La estación de Jubera está a unos 180 kilómetros de Madrid por la carretera nacional Madrid-Barcelona, a dos de un pueblo llamado Somaen y a tres de Jubera. La Plana Mayor estaba en Arcos de Jalón, a unos doce kilómetros, y allí residía el comandante de estos destacamentos, al que llamábamos “el legionario”, pues al parecer había servido en África en la Legión Extranjera. Por sus excentricidades creíamos que su cabeza no funcionaba bien, eso sí, con muy “mala leche”.

El trabajo diario, y muy pesado, era la práctica cotidiana. Desde los barracones al tajo había aproximadamente un kilómetro y medio, distancia que hacíamos escoltados a lo largo de la vía con nuestros picos y palas al hombro. El trabajo consistía en arrancar piedras para descargar-

las en otro lugar a fin de ensanchar los laterales de la vía del tren, en la parte derecha según se va hacia Zaragoza. En la parte izquierda, entre la vía y la carretera nacional, transcurre el río Jalón, que nace a pocos kilómetros de allí, y una vega que en aquellas fechas se sembraba y recolectaba remolacha azucarera. Los árboles frutales estaban más lejos, cerca de Somaen (menciono todo esto, porque fue muy importante para nosotros durante el tiempo que estuvimos allí).

A Ramón, a cuatro compañeros más de la provincia de Jaén y a mí, nos asignaron cargar y descargar la vagoneta. Después se incorporó Elvira de Guadalajara y A. del País Vasco, ¡grandes camaradas! Exceptuando Ramón y yo, los demás pertenecían a las quintas del 36 al 41, lo que significaba que se marcharían antes que nosotros, pero el tiempo que permanecemos juntos en Jubera formamos un grupo muy compenetrado en el tajo, cosa muy importante. Éramos como nos llamábamos, unos verdaderos “guripas”⁴.

Aunque detallaré las cosas que considere más importantes, no pretendo hacer un diario de nuestra permanencia en el destacamento de Jubera durante 1942 y parte de 1943. A título de información ya he señalado que el invierno allí es intenso y el aire frío venía encajonado, lo que hacía sentirse más. La comida era escasa y mala, prácticamente patatas y agua, pero por contra querían que el trabajo fuera productivo, así que tácitamente empezamos a hacer resistencia pasiva.

Para asearse un poco había que pedir permiso, ya que el río no pasaba a la misma altura de los barracones, pero como algunas veces te lo concedían y otras no, los domingos por la mañana la dedicábamos para lavar la ropa o para adecentarnos. Algunos días festivos nos llevaban a algún pueblo inmediato para escuchar misa, pero como al parecer nuestra presencia no era grata, nos dejaron de molestar con esa práctica.

Como hacía tanto frío, y la comida era escasa, empezamos a llegar a la triste conclusión de que mejor estábamos en la cárcel, por lo que dejamos de escribir mensualmente⁵. Quiero destacar que nosotros fuimos los “precursores” de los sacos de dormir, ya que además de las dos

⁴ Ignoro qué intelectual de los nuestros empezó a llamar así a los soldados trabajadores, pero al parecer, gramaticalmente bien escrito, significa esclavo en griego

⁵ Era obligatorio escribir mensualmente a la cárcel para conservar la libertad condicional.

mantas reglamentarias que nos dieron -que no abrigan nada-, cada uno se procuró otra u otras, ya enviándoselas de casa o comprándose las a los vecinos de los pueblos limítrofes⁶. Algunos compañeros buscaban también sus fórmulas de dos colchonetas para dormir, hacían tres, y la sobrante la cambiaban por harina o patatas.

Para subsistir en mejores condiciones, los familiares nos mandaban lo que podían por mediación de los obreros de vías y obras del ferrocarril o de algunos jefes de tren y maquinistas que pasaban o estaban destinados allí durante toda la semana.

Afortunadamente nos dejaban hacer fuego en el tajo, lo que nos permitía, tanto a nosotros como a los escoltas, aguantar mejor las bajas temperaturas, pero a pesar de eso el trabajo no avanzaba. Había un capataz civil que era el encargado de los tajos y conseguimos que nos diera tarea, de esta forma todos contentos, pero a pesar de eso inventamos una modalidad de resistencia.

Tácitamente habíamos estado trabajando lo menos posible durante todo el invierno, y cada “cuadrilla” y tajo se las ingeniaba, de una u otra forma, para que así fuera. Nosotros con nuestra vagoneta seguíamos cargándola y descargándola, pedíamos tarea, y si no nos la concedían una vez terminada ésta, nos sentábamos a la lumbre. El capataz y los escoltas, de los cuales algunos iban adquiriendo confianza con nosotros, estaban más preocupados por no pasar frío que por la vigilancia sobre el trabajo que no era efectiva para ellos.

Los compañeros encargados de tirar barrenos para “abrir hueco” en la caja de la vía dejaban paso a los cargadores, y nosotros, con cuatro piedras que colocábamos perpendicularmente y otra para que sobresaliera, teníamos “llena” la vagoneta. Cuando llegábamos al vertedero tirábamos sólo la de arriba y volvíamos prácticamente con las mismas, aunque otras veces no quedaba más remedio que volcarlas todas, todo dependía de la vigilancia. Lo cierto es que -según los cálculos estimativos de producción hechos por los técnicos de Renfe- el trabajo avanzaba sólo en un 25%.

⁶ Hacíamos un verdadero paquete con la colchoneta y las mantas atándolas y colocándonos dentro por la parte de arriba. Una modalidad de los sacos de dormir que, por supuesto, ya estaban inventados.

La base de nuestra alimentación -por nuestra cuenta- fue la remolacha azucarera. La teníamos que “controlar”⁷ por la mañana, antes del trabajo, o por la noche, jugándonos la vida por los escoltas. Si bien es cierto que nunca salí por la noche, un día me deslizé hacia una de las huertas y cogí la remolacha más grande -les dije que me la había dado un hortelano-, pero como no entendía, cogí un “macho”, y éste no sirve para asar, es todo fibra. Quienes sí servían eran los compañeros de Jaén, eran unos “águilas” cogiendo las mejores.

Si el escolta que nos vigilaba no era de nuestro agrado, no encendíamos la hoguera hasta que no habíamos terminado la tarea. La realidad era que pasábamos frío porque carecíamos de ropa de invierno, y si algunos teníamos algo, es porque tuvimos la oportunidad de pedirla a casa. Mi hermana me procuró un pasamontañas guateado de tipo “escafandra” y cada quince días me enviaba unos guantes de piel (en los que colaboraban las chicas del taller donde trabajaba) -duraban poco porque no eran los más adecuados para el pico o el trabajo con la piedra, aunque no me los quitaba ni para dormir-.

Muchos compañeros que no tuvieron mis posibilidades enfermaron y se los tuvieron que llevar al hospital. Aquel especie de “pasamontañas” que me tapaba hasta el pecho junto con unas buenas botas con suela de goma (cubierta de coque), me ayudaron a quitarme el frío y a resistir aquel invierno del 42. Como no era ropa militar, sabía que yendo y viniendo de la tarea no me la podían quedar, al contrario de lo que sucedía en 1939 en la prisión de Yeserías, donde los escoltas nos quitaban la ropa de militar, y para evitar esa circunstancia, tuvimos que idear la forma de hacerla parecer -poniendo unos supuestos remiendos por encima como si estuviera rota.

Entre el hambre y el frío paso el invierno. Nuestro optimismo en la victoria de los aliados no se perdía, y aún a pesar de carecer de radio y periódicos, sabíamos en todo momento cómo iban los alemanes, pues el trato de los escoltas, incluyendo el sargento y el teniente, con nosotros iba en relación con el campo de batalla.

⁷ Es que me parece un poco duro decir que robábamos lo que podíamos (fruta, remolacha, patatas) aunque unos más que otros.

Quiero destacar un hecho, que de forma involuntaria, podía haber sido catastrófico para todos. Algunos compañeros tenían como trabajo levantar las vías, poner tirafondos y cambiar las traviesas; aquel día no avisaron con tiempo y un tren cargado de alemanes se nos presentó a la vista, menos mal que se pudieron poner unos tornillos y afortunadamente no pasó nada. Y digo afortunadamente, porque nos hubieran fusilado a todos, o ante el hecho consumado, haber intentado huir de aquel lugar, pues lo más probable es que hubiesen pensado en un sabotaje, ¿o lo hubo?

La Compañía del Ferrocarril, que al parecer, se quejó al comandante que estaba en Arcos de Jalón de que los trabajos no avanzaban, y como entregaban al ejército dos pesetas por trabajador para la mejora de la comida -que no se veían-, se consideraba con derecho a reclamar.

Nos reunieron a todos los trabajadores de Jubera, Río Blanco y Arcos de Jalón en la plaza de este último pueblo, y nos “arengó” para que cumpliéramos con nuestro deber para con la “patria”. A pesar de los años transcurridos recuerdo su acento andaluz-ceutí (no generalizo, sólo a este individuo): *“... y digo pué, que toa la reciztencia paziva zerá zancionada con el mázimo rigó, qué mejó pa una buena madre que repartí con el cazo grande, pero la circuztancia se impone y hay que repartí con el cazo chico”*: Sin más comentario.

Sin duda alguna los trabajos los habían proyectado los técnicos de la Renfe, pero cuando, al parecer, les llegó información de las condiciones infrahumanas en que se estaban realizando, responsabilizaron al comandante de conducta deshonesto y le “obligaron” a pedir la baja. Ese fue el rumor que llegó hasta nosotros, o tal vez fuese la presión del Estado Mayor Central, no lo sé, el caso es que pidió “voluntario” la baja en el Ejército. ¿Guardaba esto también relación con un supuesto sabotaje en uno de los túneles que se estaban ensanchando y en el que estallaron los barrenos antes de tiempo y los tacos no explotaron? No lo sé.

El teniente que teníamos en el destacamento de la estación de Jubera también se marchó con el comandante, su conducta fue completamente amoral, sólo se preocupaba de robar y vender la comida en complicidad con los sargentos. Ignoro si el destino era voluntario o forzoso, pero es de destacar que la indumentaria de todos los mandos que llegaban a las

compañías o al destacamento dejaba mucho que desear y, a los pocos meses, se compraban de todo a costa nuestra, ¡y juegra va y juegra viene! ¡Lamentable!

Vino un nuevo teniente. Asturiano, de unos 28 a 30 años y con un peso que oscilaría entre los 90 ó 100 kilos. Si me detengo en estos detalles era porque su físico impresionaba y no daba la sensación de su nobleza interior, su integridad y su valentía al enfrentarse a los mandos superiores en defensa nuestra.

Un domingo por la mañana tocan a formar. Van a hacer la presentación del teniente, aunque algunos de nosotros ya teníamos conocimiento del cambio por los contactos con la Plana Mayor de Arcos del Jalón. Nos pasó revista, toda la revista variopinta de nuestra indumentaria, y lo primero que no dijo es que él “no venía voluntario”, que nuestros problemas eran los suyos y que deseaba información de todo cuanto sucedía para procurar que nuestra estancia en el batallón fuera lo más agradable posible. Nos quedamos estupefactos, ¿sería posible lo que estábamos oyendo?, ¿era el bueno de la película? No hubo duda posterior, ¡era un tío sincero!

En el transcurso de varias semanas el teniente se dio perfecta cuenta del ambiente que allí existía, y al tener información del mal trato precedente, de palabra y obra, de los escoltas y sargentos, prohibió que estos hechos se volvieran a repetir, ya que, en sus propias palabras, era poco edificante para el ejército. Efectivamente, había varios escoltas y algunos cabos -se llevaba “sobresaliente” uno que llamábamos “el Pastrana”, aunque ignoro si era porque vivía allí o porque era natural de Pastrana (Guadalajara)- que su deporte favorito era maltratar de una u otra forma.

Los escoltas de aquel destacamento eran un su mayoría de la provincia de Jaén, concretamente de un pueblo llamado Jodar. En aquella época no examinábamos las circunstancias eximentes que podían concurrir para su mal comportamiento, simplemente no comprendimos cómo jóvenes de nuestra edad, de la quinta del 40 y 41, fueron tan duros en su trato y comportamiento.

Con el nuevo teniente mejoraron, lo que en conclusión se podía decir que todo era producto del miedo y la escasa cultura. El “barómetro” de la guerra influía mucho en la mente de nuestros escoltas, y aunque los

alemanes todavía no habían empezado a perder la guerra, por nuestra parte procurábamos, si la conversación los lo permitía, “influir” para que su comportamiento para con nosotros fuera más digno.

Dieron algo de ropa -sobre todo para aquellos que se habían incorporado directamente y que lo pasaron muy mal- y mejoró la comida. El invierno estaba finalizando y ya no hacía tanto frío, incluso, podíamos lavarnos en el río, aunque en invierno muy pocos se lavaron la ropa. Los que teníamos familia en Madrid, procurábamos facturarla cada quince días o se la entregábamos a los compañeros de la RENFE, otros, muy pocos, empezaron a entregársela a la gente de los pueblos limítrofes por un precio módico.

En la etapa anterior al teniente asturiano, era prácticamente imposible conseguir permiso por unas horas para los sábados por la tarde, domingos y días festivos, aunque en ir y volver se pasaba el tiempo y, por esta razón, muchos de nosotros no teníamos interés en movernos del campamento, tiempo que dedicábamos para asearnos, cocinar o leer.

A propósito de cocinar. La necesidad de alimentarse nos había hecho aprender determinadas “técnicas”, sobre todo a bajo coste. La harina de almortas nos servía para hacer gachas, así mismo, unos trozos de remolacha azucarera, cortados y limpios, servían para hacer una especie de caldo, que revuelto con harina y con hambre, no estaba mal del todo. El bocado exquisito era la remolacha azucarera asada a la brasa.

Empezaron a concedernos permisos diarios por la tarde y para todo el día, hasta las nueve de la noche, los domingos y festivos, ¡no hubo ninguna deserción! Por muy ignorantes que fueran los mandos, podían darse cuenta que el que no se escapaba era porque tendría sus razones, aunque la vigilancia fuera muy dura y estrecha -absurda diría yo-, sobre todo por la noche. En realidad, las posibilidades de marcharse eran las que uno hubiera querido escoger, ya que a finales de 1942, y no me cansaré de repetirlo, se estaba mejor en la cárcel.

Reflexionando sobre aquella época, el pensamiento podía considerarse en estos términos: *“estoy aquí porque quiero, a pesar de la vicisitudes -muy relativo-, aunque también puedo irme cuando quiera, pero con todas las consecuencias. En la cárcel estoy mejor, pero no puedo irme -el que no se conforma es porque no quiere-”*.

El teniente asturiano cumplió su palabra y la vida en el campamento giró 180 grados. Los permisos clásicos no existían -estaban prohibidos- y ningún oficial estaba autorizado, tampoco querían darlos, ni tan siquiera por la muerte de un familiar, pero el teniente rompió con este “tabú”, y después de una primera etapa de “tanteo”, empezó a autorizarlos a los pueblos inmediatos, excepto para Arcos de Jalón, que por allí estaba la Plana Mayor.

Empezamos a tomar contacto con la población civil, y con alguna excepción cerril, todos en los pueblos pudieron ver que no éramos los “clásicos” rojos, sino personas como ellos, contrariamente a la información que habían recibido de nosotros. La producción agrícola era escasa y en aquellos tiempos era muy difícil que te vendieran un pan, si bien el vino no faltaba. Las patatas, frutas y remolachas las teníamos “controladas”, aunque tampoco en grandes cantidades.

Deseo insistir sobre nuestros contactos en aquellos lugares, ya que en una etapa posterior fue completamente distinto. La población civil era muy escasa y al principio recelaban de nuestra presencia, entre otras razones, porque tampoco habíamos tenido la posibilidad de conocernos mutuamente. Para ellos éramos los “rojos” que picaban en la vía del tren y en los túneles y para nosotros ellos eran unos reaccionarios. Ni nosotros éramos “rojos”, ni ellos unas malas personas, simplemente éramos el producto de una situación que nos había distanciado por falta de comunicación. Su referente lo tenían en el continuo machaqueo del aparato propagandístico de los “nacionales” durante la Guerra Civil y posteriormente.

Afortunadamente, cuando logramos abrir brecha en aquellos muros mentales las cosas quedaron más claras, pero sobre todo, nunca agradeceremos lo bastante a las jóvenes -una vez más a las jóvenes- que se atrevieron a hablar con nosotros y fueron, en todos los lugares, nuestras mejores embajadoras.

Un buen amigo y camarada del destacamento, Elvira, me propuso, aprovechando el permiso del domingo, que nos acercáramos a su pueblo que estaba en la provincia de Guadalajara. Como podía ser muy precipitado por la distancia, el teniente nos concedió el sábado y el domingo por nuestra cuenta, es decir, no teníamos ninguna autorización por escrito para ese

largo desplazamiento, lo que podía significar el arresto y una acusación de desertión si la Guardia Civil o autoridades nos pedían la documentación. Como la juventud todo lo arrolla, cogimos de madrugada un mercancías con la complicidad del escolta de la puerta. Éramos expertos en el horario de los trenes, y como los mozos nos conocían, hicieron la vista gorda y nos apeamos en la estación de Matillas, para posteriormente ir campo a través hasta Argecillas, punto final de nuestra escapada.

La familia de E. nos recibió como “enviados del cielo”. Los amigos no terminaban de creérselo y todo el pueblo, por lo menos así me lo parecía, no cesaba de invitarnos. Los más afines no sólo nos preguntaban por nuestra situación, sino por cómo iba la guerra. Los pasamos estupidamente, y no es menos cierto que cogimos una solemne borrachera -sirva como disculpa que fue la primera vez que tal hecho ocurría, la sobriedad era lema entre los que pensaban como nosotros, y cuando teníamos que alternar, sabíamos hasta dónde podíamos llegar- creo que fue debida a que por no desairar a un paisano tomamos unas copas de anís, mezclándolo con lo que ya habíamos tomado anteriormente.

A pesar de estar en ese estado etílico, hicimos el camino de vuelta, ¿habéis caminado más de 10 kilómetros por la noche por un lugar desconocido? El sentido de la responsabilidad para llegar al toque de diana del lunes nos hizo volar hasta alcanzar de nuevo la estación de Matillas, donde cogimos otro mercancías y llegamos a tiempo. Al escolta de la puerta le dimos algo de lo que nos habían obsequiado y todos contentos, ¿te acuerdas Elvira?, ¡vaya juerga! Si por una de esas casualidades de la vida lees estas líneas, vaya un abrazo fraternal.

Ya he explicado, que por circunstancias que ignoro e ignoraba, los permisos a nuestras casas estaban prohibidos, posiblemente era una orden a los Batallones de Trabajadores, o sólo y, exclusivamente, de la Jefatura del 95 Batallón, derivada de otra de la 2ª Región Militar a la cual pertenecíamos. También, quizás, tuviera algo que ver con nuestro “estado de presentación”, pues al carecer prácticamente de ropa militar y no dejarnos la civil, evidenciaba y se ponía de manifiesto el trato que recibíamos.

Como alguien no estaba conforme con la “libertad” que teníamos, ni tampoco con la convivencia alcanzada con las gentes de los pueblos,

dio el chivatazo a la Jefatura Central y de forma inesperada se presentó nuestro “relojero”. Eso de “forma inesperada” es un decir, ya que cuando el comandante decidió hacernos una visita desde Gaucín estación (Málaga), automáticamente los soldados trabajadores que estaban en la Plana Mayor enviaron un telegrama a los de Arcos del Jalón y éstos nos lo pusieron en conocimiento 48 horas antes de que llegara. El problema era que había muchos compañeros que estaban de permiso, pero por diversos medios de comunicación se les avisó para que se incorporaran y, en esto, la Plana Mayor jugó un papel muy importante.

El comandante llegó a las 10 de la mañana y ese día no fuimos a trabajar. Procedía de Arcos de Jalón, ya que en esa estación, por ser de primera, paraban por aquellas fechas todos los trenes procedentes de Madrid, en Jubera, sin embargo, sólo los correos y mercancías.

Tocaron a formar y pasar revista, bueno, aquello era cualquier cosa menos revista y en formación -ésta la hicimos muy irregular-, y que cada uno se puso lo peor que tenía y había sido entregado, pues mucha ropa nuestra, aún siendo militar, era particular.

Al lado de los barracones se había hecho una explanada. El monte nos resguardaba de las inclemencias del tiempo -por cierto, en aquel lugar había dos túneles excavados en la roca que creo que hicieron los batallones de desafectos o los prisioneros de guerra- y a distinto nivel estaba la vía férrea y el río Jalón y paralelo a éste la carretera nacional. Por esa especie de vaguada, desde la estación o por la carretera, se podía acceder a dicha explanada y de ahí a los barracones.

Empezó el recuento y, con arreglo al estadillo de personal, no salían los números. Al momento alguien “recordó” que faltaban los cocineros, de nuevo a contar, después los destinos, los machacas o asistentes, los enfermos del barracón, aquello era el cuento de nunca acabar. La realidad era que faltaban tres compañeros, pero los avisos habían surtido efecto y posiblemente vendrían en el correo de la mañana que estaba a punto de llegar. Efectivamente, y aunque parezca inverosímil, los mandos no se dieron cuenta de la jugarreta y al final, no sin apuros, todo salió bien. Pero como los tontos se habían terminado y su falta de inteligencia la tenían suplida por su maldad, se dieron cuenta de que nuestra pasividad en la formación tenía un significado, sobre todo un sargento llamado de

Félix, sujeto con una pierna alicorta que tenía la mente muy retorcida -éste ha sido de lo peor que conocí en mis años del batallón- y era contrario a los permisos y al buen trato.

El comandante, que no brillaba por su elocuencia, empezó a decir que tenía conocimiento de “nuestra indisciplina” y de que se habían incumplido órdenes expresas y, que por tanto, dieran un paso al frente todos aquellos que habían estado de permiso en las últimas semanas. ¡Nadie se movió de su lugar! Entonces empezaron las amenazas, desde que nos iban a enviar a la cárcel hasta que nos iban a fusilar. Aquí es necesario hacer una reflexión.

Es demostrativo de la incapacidad de este comandante el amenazar a unos soldados trabajadores, ya que si había una orden, el que la incumplió fue el teniente y no tenía que dar el espectáculo que en aquellos momentos estaba dando. También he pensado algunas veces si lo que en realidad se proponía era decirle al teniente ¿ve usted cómo se han portado? Después de su arenga -no encuentro otro calificativo- empezó a separar de cada cinco, uno, para fusilarlos si no dábamos un paso al frente todos aquellos que habíamos ido de permiso, ¡nadie se movió! Los escoltas empezaron a poner sacos de arena a la espalda, ¡nadie se movió! Al final, en fila de a uno, a los barracones para ir al trabajo.

¿Teníamos madera de héroes?, no creo. Nuestro sentido de la responsabilidad y del agradecimiento nos hizo comportar de aquella manera. También es verdad, que posiblemente intuíamos que la barbaridad de fusilarnos no la habrían hecho, ¿o sí?

Nos informaron de que el teniente y el comandante se fueron hablando hasta la estación, lo que nos inquietaba por lo que pudiera suceder posteriormente. Aproximadamente media hora más tarde tocaron de nuevo a formar. El teniente nos dirigió la palabra, nos dio las gracias por nuestro comportamiento y lamentó que alguien hubiera informado, tampoco comprendía bien lo que estaba sucediendo. La emoción era tan visible en aquel hombre, que estaba a punto de llorar.

Al día siguiente le llamaron a la Plana Mayor de Arcos de Jalón y no le volvimos a ver. “radio macuto” dijo posteriormente que había pedido la baja en el ejército, pues, al parecer, ya tenía otros expedientes por ser un hombre cabal, y aquello no debía de estimarse demasiado en el

ejército de aquellas fechas, sobre todo, si esa actitud iba dirigida a soldados de nuestras características. Las órdenes disciplinarias debían ser: “mucho trabajo y poca comida, pero nunca por escrito”. Posteriormente tuve acceso a documentos reservados y jamás vi tales órdenes por escrito.

Como consecuencia de la marcha del teniente se volvieron a recrudecer los malos tratos de palabra y obra, y el repetido sargento de Félix se llevaba sobresaliente. Hasta la fecha me había librado de recibir un culatazo o una bofetada, posiblemente por esa veteranía de años de cárcel⁸ que me habían permitido adquirir un sentido e intuición para prever algunos acontecimientos, ya que me gustaba estudiar los rasgos fisiológicos de todos los que convivían a mi lado y sacar las conclusiones necesarias que me permitieran esquivar, en determinados momentos, a aquellos individuos que previamente tenía estudiados.

Puede ser cierto que las características personales, físicas y mentales, independientemente de una preparación cultural y dialéctica, también sirvieran para esquivar golpes, aunque en cierta ocasión, a mi buen amigo A. (vasco de pro) y a mí, “el Pastrana”, por bajar al río a lavarnos, nos golpeó con la mano abierta en la cara y con un escolta apuntándonos con el fusil, ¿te acuerdas A. cómo nos caían las lágrimas de rabia? Estaba prohibido, pero a pesar de eso le dijimos al centinela que nos íbamos a lavar y éste se lo comunicó rápidamente al cabo, ¿las consecuencias?, la consabida bofetada.⁹

Procurábamos de forma individual, pocas veces colectivas, el trabajar lo menos posible. Los días que llovía antes del toque de diana, normalmente no salíamos a trabajar y tampoco del barracón. La impotencia y la tensión se acumulaban. La ventilación del barracón era casi nula y el humo de los cigarrillos formaba una nube irrespirable. Siempre ha habido discusiones por este motivo, tanto en las cárceles como en cualquier aglomeración, o quizás se tomaba como un pretexto para descargar la adrenalina, no lo sé, pero a título personal diré que en épocas de crisis

⁸ Los demás compañeros también habían estado en la cárcel, pero yo había leído sobre la personalidad humana y las características mentales de los *Biotipos de Sheldon*.

⁹ Cuando pasé a la Plana Mayor y llevaba la Subayudantía me acordé de ambos y “cobré” relativamente.

económica jamás fumé ni bebí, mi preocupación eran los hidratos y las proteínas.

Al principio del verano de 1943 “radio macuto” empezó a funcionar: “según ha dicho el capataz, los trabajos en esta zona están terminados y nos van a trasladar, a unos al norte y a otros al sur, pero fuera de la vía del ferrocarril”. Así mismo se decía, que por ser un lugar muy estratégico allí no deberíamos estar, además se hablaba de que los túneles se iban a emplear como polvorines, la “radio” estaba incandescente.

Al fin, una mañana del mes de agosto y, sin previo aviso, nos mandan formar. Posteriormente recogemos nuestras pertenencias y en marcha hacia la estación de Jubera. Allí esperamos los vagones de carga, que era lo normal, y después de 24 horas llegamos a Alsasua (Navarra). El destacamento lo habían dividido y otros se fueron hacia el sur. El teniente que había relevado al anterior nos comunicó, por medio de los escoltas, que ese era nuestro nuevo destino.

CAPÍTULO 4

Alsasua (Navarra)

El “nuevo hotel”, ¿era mejor? Desde luego era más amplio y mejor ventilado. Era un almacén de la Renfe en la estación de Alsasua en el que había una fuente de agua potable al lado, y allí nos lavamos como hacía meses no lo habíamos hecho. La tela de las colchonetas de dormir las rellenamos de paja y nos acoplamos lo mejor posible. Tampoco había luz eléctrica eso era un lujo.

Tocaron a formar y nos manifestaron que vendrían a visitarnos las autoridades del lugar, que procurásemos ir vestidos lo mejor posible. Ya he comentado que nuestra vestimenta era variopinta, éramos una cuadrilla de prisioneros de guerra que cuando nos interesaba políticamente acentuábamos nuestra desastrosa presencia y, en cambio, cuando nos daban permiso, sacábamos nuestros trapitos personales. Como eran nuestros, no nos obligaban nunca a ponérselos y, menos, diariamente.

Después de esta visita y, posiblemente por ello, nos dieron ropa y a algunos que iban prácticamente descalzos les dieron botas. A mí me tocó un pantalón de pana de los soldados “gudaris” y una cazadora de paño, ya que la que tenía estaba bastante destrozada. Ropa interior ja-

más repartieron, aunque en los expedientes constaba que entregaban cada semestre una camisa y otras prendas menores.

El domingo por la mañana “desfilamos” aproximadamente ciento cincuenta hombres por la carretera que va de la estación al centro del pueblo, y aquel lugar era completamente distinto de donde veníamos. Después de oír misa nos dieron un permiso de tres horas para pasear por el campo, pero sin meternos en el pueblo y, mucho menos, en la estación.

Nos encontramos con gente por el camino y nos saludábamos mutuamente, ellos en vascuence y nosotros en castellano. Recuerdo a una joven que iba arreando dos bueyes y tratamos de conversar, pero como nos respondía en su idioma empezamos a piroppearla con respeto, cosa que agradecía, pero no soltaba una palabra en castellano, no por que no lo hablara, sino porque consideraba que así nos guardaba las distancias, ya que no teníamos su confianza.

Si no has estado en la cárcel o en un barracón días y días, no puedes explicar la emoción que se siente al pasear por el campo sin presión y captar que todas las personas que nos saludaban lo hacían agradablemente. Entablamos conversación, nos interesaba informarles de quiénes éramos y a qué habíamos venido al pueblo. Ni qué decir tiene, que las “altas jerarquías” del pueblo tenían que estar informadas, pero con una versión “partidista”. Sabíamos que todos los centros ferroviarios tenían tendencia de izquierdas y que los franquistas no habían ejercido su represión sobre ellos: Arcos de Jalón, Alsasua, Alcázar de San Juan, etc.

Alsasua -centro ferroviario en la confluencia de Navarra, Álava, Guipúzcoa- tenía en 1943 un nivel socioeconómico y político muy elevado, sin comparación, en ningún aspecto, con la zona de Medinaceli, Jubera, Arcos de Jalón, a excepción de esta última localidad. Desde el primer momento observamos que la población civil no sentía ninguna hostilidad ni recelo hacia nosotros.

Al día siguiente de nuestra llegada, mejor dicho, el lunes, que era día hábil de trabajo, después de tomar el desayuno (agua con malta) -naturalmente, antes habían tocado diana y uno de los escoltas rápidamente se había liado a dar “zurriagazos” para activar nuestra “puesta a punto”-

nos mandaron formar y nos dirigimos a la estación, donde las bateas¹⁰ nos estaban esperando para llevarnos a Salvatierra (Álava).

Nuestro trabajo iba a consistir en rellenar las vías de piedras, limpiar las traviesas y poner en óptimas condiciones las vías del ferrocarril. Al parecer se había incrementado el tránsito con motivo de la guerra mundial, ya en mercancías, ya en hombres dirección a la frontera hacia el frente ruso con la División Azul.

Después de comer en el campo -creo que la comida había mejorado un poco, al menos, los primeros días- volvimos al trabajo y al final de la jornada, hacia las seis o siete de la tarde, a montarnos en las bateas para Alsasua, donde pernoctábamos.

Para algunos no nos fue difícil hacer amistades, sobre todo con las jóvenes. Por mi carácter extrovertido y proselitismo, pronto me decidí a ello junto con otros compañeros y amigos, ya que estos contactos sólo nos podían deparar mejoras físicas y psíquicas. Entre nosotros sólo nos podíamos cocer en nuestra propia salsa, pero al haber otras posibilidades, nos interesaba contactar con la población civil para saber sus inquietudes y comunicarles las nuestras.

Formamos un equipo de fútbol bastante bueno, por cierto, lo que aprovechamos como un primer paso para hacer amistades, tanto es así, que entre espectadoras y jugadores tuvieron lugar varios noviazgos, hasta tal punto que en algunos casos varios compañeros se llegaron a casar una vez licenciados.

Desconociendo el país vasco-navarro, lo que más nos extrañaba -por no conocer su forma de vida- era ver a una joven arando con los bueyes y por la tarde llevando sobre sí el último modelo de ropa de San Sebastián.

Por aquel entonces había fábricas de distintas características en los alrededores y raro era quien no tuviera algún familiar trabajando en ellas, además de tener su parcela de tierra donde cultivaban verduras, patatas y maíz. Árboles frutales tampoco faltaban, eso significaba un alto nivel, que junto a su antifranquismo, les permitía una mayor libertad para favorecernos en todos los sentidos.

¹⁰. Vagones de carga que sólo tiene un metro de altura.

Mi permanencia en Alsasua fue como unas vacaciones veraniegas comparándolas con Jubera pero también un compás de espera de acontecimientos. Todos los domingos jugábamos al fútbol -después lo prohibieron-, y Ramón y yo, formábamos una buena y muy compenetrada pareja de medios. Los lunes, los componentes del equipo no íbamos a trabajar.

El teniente al principio quería tener “buena prensa” o había recibido instrucciones a tal efecto para captar las simpatías de la población, pues en términos generales, ésta les era hostil, incluso hacia los soldados escoltas. Los paisanos sabían quién era quién, pues aunque ahora la ropa se diferenciaba poco de la de los escoltas, las insignias y los gorros eran distintos, pues ya he señalado que a nosotros no nos permitían insignias de ninguna clase, aunque ignoro las causas, posiblemente, entre otras razones, porque no juramos bandera.

Entre los escoltas había un cabo furriel, un buen chaval de Zaragoza y un buen amigo como excepción. Uno de los días que nos íbamos al tajo nos propuso a varios que le acompañáramos a Pamplona a por el suministro. El avituallamiento del destacamento se efectuaba en aquella plaza, y lo hacíamos cada quince días, aunque el pan, si mal no recuerdo, a diario. Aquel día me encargó la responsabilidad del recuento del mismo, ya que como te descuidaras, siempre faltaba más de uno.

Una vez terminado el suministro nos dimos una vuelta por Pamplona¹¹ con la correspondiente escolta. De vuelta, el cabo me dijo si quería ayudarlo, incluso para confeccionar los estadillos, pero que antes se lo tenía que decir al teniente. A éste le pareció correcto, y de esta forma conseguí mi primer destino en el batallón que significaba no ir a trabajar de pico y pala y, sobre todo, tener una relativa libertad de acción para ampliar la convivencia con la gente joven. Fue como si me hubiera tocado el premio gordo de la lotería.

Mis amigos más directos seguían trabajando en la vía, pero también a ellos les servía mi “influencia”. A Ramón le reclamaron para la oficina

¹¹ La ropa oficial para nosotros en aquella época era una cazadora de paño agrisada y un pantalón de pana (tipo gudari). Como a mí no me gustaba, me vestía por mi cuenta cuando iba de paseo, sobre todo a Pamplona, aunque no me explico por qué nunca me llamaron la atención. En el fondo, creo, era una forma de protestar.

de la Plana Mayor y los amigos y camaradas, al venirle la reclamación por parte del comandante de Gaucín, pensaban que tenía una recomendación suya, aunque no era así. Como era de la quinta del 42, allí iban haciendo falta administrativos o ex-estudiantes que pudieran desempeñar ciertos trabajos dentro del aparato burocrático.

A pesar de mi destino, por la noche me pasaba por los barracones, aunque lo tenían prohibido a los destinos, y me comunicaba con Elvira de Argecillas y con otro compañero gallego afincado en Madrid procurando ayudarles en lo que podía, algunas veces incluso hasta conseguí permisos de una hora.

Como el avance de los alemanes estaban en su apogeo, se endureció el trato por parte del teniente y los escoltas. A los “enchufados” nos respetaban, hasta cierto punto, los derechos adquiridos, aunque se prohibieron en la mayoría de las ocasiones los permisos colectivos por los alrededores y, mucho más, por la estación.

Por aquel lugar, nudo de comunicaciones ferroviarias, pasaban los trenes que llevaban soldados de la División Azul, una vez voluntarios y otras obligados, según manifestaban ellos cuando volvían heridos del frente o con permiso. Cuando nuestras bateas coincidían con ellos se intercambiaban “piropos”, pero nunca la cosa pasó a mayores.

El distintivo más sobresaliente era el gorro redondo con la “P” y haciendo frío no se podía trabajar con el traje de mil rayas. Nunca nos dieron un gorro de soldado normal, que junto con la vestimenta, formábamos un híbrido que llamaba la atención. De vestimenta para paseo llevaba una guerrera de la Legión, botas altas y el pantalón bombacho. El gorro era de soldado, pero lo llevaba con estilo personal, era un todo camuflaje. Con la chaqueta a rayas, Carmen, una amiga modista, me hizo una especie de chaquetilla corta. Gran amiga y compañera con la que mantuve una amistad fraternal. Gracias nuevamente después de tantos años. Las amistades de Alsasua supusieron un gran alivio para nuestra situación. El decir ahora, más o menos escuetamente, que lo primero que se hacía -antes de enchufarme- era levantarse en invierno a las siete de la mañana y en verano a las seis, que después tomábamos el recuelo y, a continuación, montábamos en las bateas arropados con unas mantas que parecíamos fantasmas hasta que nos apeábamos en la estación de

Salvatierra, para seguidamente ir al tajo con más o menos distancia andando, hacer un alto de una hora para comer, volver nuevamente al trabajo, montar posteriormente en las bateas y llegar de noche a los barracones, parece sencillo ¿verdad? Pero ¡qué impotencia y amargura!

¿Habéis viajado alguna vez en esas condiciones? Si te ponías de pie, el aire te golpeaba, te machacaba, y si te sentabas, con el traqueteo se te ponían los glúteos en carne viva. El trabajo era muy incómodo, pues algunos días tocaba cargar las bateas con la piedra pequeña de las vías -llamada balastro- y eso requería mucha habilidad, ya que de lo contrario te enriñonabas. Llegué a ser un experto con la pala.

Repito una y otra vez que la comida era escasa y mala¹². El ejército la suministraba correctamente, entonces ¿qué sucedía aquí? Que el teniente y los sargentos se quedaban con el 75% de la comida y después la revendían a la población civil.

Permanecimos en Alsasua, si mal no recuerdo, hasta el mes de agosto de 1943, ya que se construyeron, a dos kilómetros aproximadamente de la estación de Salvatierra, unos barracones de madera, y ni qué decir tiene, que como siempre, sin los mínimos servicios de higiene, en medio del campo completamente aislados y sin caminos para llegar a él, sólo a campo través. De esta forma Renfe se ahorraba gastos de desplazamiento y no estábamos al lado de la población civil.

Los que teníamos destino, pues continuaba en Subayudantía cargando sacos o haciendo estadillos en una pequeña oficina, se nos prohibió ir al pueblo y a mí, particularmente, se me hizo esa observación¹³. Naturalmente no le hice caso, y cada vez que podía me iba a casa de Carmen, claro está, tomando mis precauciones para eludir la vigilancia. Mi amiga, además de tener el taller, daba clases de corte y confección, donde se juntaban de ocho a diez jóvenes de quince a veinte años. Entre ellas estaba Josefina -un poco más mayor- y nos hicimos muy buenos amigos. Me gustaba como mujer, pero la realidad es que en aquellos tiem-

¹² Posteriormente, la falta de calidad y cantidad fue la causa de abrirles un expediente disciplinario.

¹³ El alcalde había publicado un bando dirigido a la población para que no nos permitieran la entrada en sus casas. En general nadie les hizo caso y la solidaridad del pueblo de Alsasua se hizo sentir una vez más.

pos mi porvenir no estaba nada claro y no formalizamos el noviazgo, aunque todo el mundo lo daba por descontado. Fue algo platónico.

Con Blanca fue completamente distinto. Era una pamplonica de formas exuberantes de la que guardo un grato recuerdo, sobre todo por las circunstancias de nuestro encuentro, muy poco usuales en aquellos tiempos.¹⁴

En aquel verano de 1943 ya no había fútbol, tampoco íbamos a misa los domingos. Se generaba por todos los lados un latente malestar, ¿la comida?, ¿la represión?, ¿las noticias que leíamos de los aliados?, ¿ya veíamos los periódicos!

Como hubo abucheos mutuos con los de la División Azul, los domingos confinaron a los compañeros en el barracón, un barracón inhóspito, y el odio al teniente se agrandaba, se le hacía responsable de todos nuestros males.

Por mi parte procuraba “perderme”, pero varias son las veces que me he preguntado ¿por qué no me encerraba de una vez como a los demás?, y sólo he encontrado una explicación que pudiera ser válida:

- a) Recibía correspondencia de Algeciras y de Gaucín, y allí estaba la Plana Mayor de la Agrupación y del 95 Batallón.
- b) ¿Creería el teniente que yo informaba de todo cuanto sucedía allí.
- c) El comandante Ramón hizo una visita al destacamento de Alsasua y mis amigos y camaradas le habían comunicado que sería un “buen fichaje” para la oficina de la Plana Mayor, pues aún siendo de los más jóvenes, tenía capacidad administrativa, era idóneo para el futuro relevo cuando se licenciaran. Total, que preguntó por mí al teniente y nos entrevistamos en la estación para conocerme y si estaba conforme con irme para Gaucín. ¡Como si hubiera opción para lo contrario, aunque no me hubiese interesado!

¹⁴. Blanca era lo que hoy llamaríamos una *hija de papá*. Su padre era un teniente coronel del ejército nacional en activo, por lo que es más de extrañar que después de mirarnos mutuamente me dijo: ¡hola! Qué tal, cómo está tu familia. Sinceramente, me dejó de piedra, pero reacioné y después de intercambiar los saludos nos adelantamos un poco de los escoltas y le plantee: sinceramente, creo que te has equivocado. ¡No!, me contestó, era para facilitarte nuestra conversación y conocimiento. Fuimos grandes amigos, íntimos amigos. Posteriormente, pasado algún tiempo, quizás años, volví a encontrármela en Madrid.

Haciendo la guerra por mi cuenta, una vez más, llegué a viajar hasta Madrid para ver a mi familia y también a una íntima amiga con la que mantenía tiempo atrás relaciones. Subía al correo por la noche y llegaba a las siete de la mañana, para coger nuevamente otro el domingo y el lunes encontrarme de vuelta (me había procurado documentación y lista de embarque, y en ese sentido viajaba completamente descuidado).¹⁵ Vuelvo a insistir sobre la comida. Cada vez era peor, por lo cual empezaron las excursiones de mis compañeros a los patatales, maizales y manzanos, siendo esto el alimento básico y complemento de la bazofia que nos daban.

¹⁵. En uno de mis viajes hice amistad con un soldado de la División Azul que venía repatriado por enfermo. Había ido “voluntario a dedo” y me contó muchísimas cosas de su estancia en Rusia. Me invitó a tomar un bocadillo con las viandas que traía y que le habían entregado en la frontera. Como curiosidad había guardado una especie de pan de color marrón que al parecer era muy vitamínico y que comían los soldados alemanes, así mismo, unos caramelos antiafrodisíacos. Me los comí todos durante el viaje y, al día siguiente, con mi amiga, y por los caramelitos, aquello fue un desastre, aunque me dio por reír al no llegar a algo práctico.

CAPÍTULO 5

Salvatierra (Álava)

El pueblo estaba situado a un par de kilómetros de la estación. Para mis desplazamientos no había distancias, allí conocí a Blanca¹⁶ y fuimos novios formales durante mucho tiempo -por carta también- hasta que salí del batallón. Blanca vino a vivir a Madrid en casa de un familiar, pero como éste le explotaba en el trabajo, sin sueldo, decidimos que aquello no era rentable, y que de permanecer en la capital, lo mejor sería colocarse en una casa particular de doncella. Como era agraciada y sabía, no le fue difícil.

Lo dejamos mutuamente porque yo carecía de perspectivas de toda índole y, mucho menos, matrimoniales. A las pocas semanas me detuvieron nuevamente y pasé unos cuantos años en la cárcel. Creo que mereces más comentarios por el cariño que me demostraste en múltiples ocasiones, ¡gracias! En aquella época fue la alegría de vivir. Una vez instalados allí los trabajadores, el teniente me llamó a su “despacho” -un pequeño edificio, medio caseta, en el centro de las vías del tren- y me

¹⁶. Esta es otra Blanca distinta. Nuestro noviazgo duró varios años...

dijo que había pensado construir allí mismo una cantina para los escoltas y así facilitar la compra, y que yo la “regentaría”, que ¿qué me parecía? Lógicamente le dije que sí, muy bien, lo que usted ordene. Otro destino, ¡de cantinero! El cabo furriel y yo hicimos las primeras compras de existencias: chorizo, tocino, latas de conserva, vino en cantidades, pan, etc... Y como siempre, se portó muy bien, tomamos unos vinos y recordamos cuando, después de descargar los sacos, nos recompensaba con un “chusco” untado con aceite y azúcar era el pago por nuestros servicios de “soguilla” y administrativo. El teniente aparecía de vez en cuando para revisar las cuentas y no veía ganancias pero todo estaba en perfecto orden.¹⁷

El aparato administrativo de los destacamentos y Plana Mayor del batallón, siempre estuvo en nuestras manos y, como auxiliares decorativos, algún que otro brigada. Antes de irnos a Salvatierra licenciaron a mi buen amigo Elvira de Argecillas, y sólo quedamos dos de los íntimos, “Gallego” y yo. “Gallego” tenía un apetito enorme, bueno, realmente era hambre atrasada. Me guardaba mis raciones de comida y por la noche, cuando llegaba después de mis correrías nocturnas, se las comía frías aunque fuera a las dos de la mañana. ¡Qué excelente compañero! Uno de los sargentos era funcionalmente analfabeto, en realidad, era cabo primero efectivo y sargento provisional, y jugar a las cartas era su especialidad. No me resisto a relatar una anécdota de este “buen señor”. Un domingo, en la estación, estaba leyendo el periódico -nos lo dejaba la dueña de la cantina, que también se portaba muy bien- en voz alta a los compañeros, entre los que se encontraba este individuo, y después de ver lo que nos interesaba me levanté para entregarlo y un compañero me dijo: “pero, ¿no hay más?”. En plan de guasa le contesté: “como no quieras que te lea los ecos de sociedad”. Y continué leyendo: “en la iglesia de tal y tal, se ha celebrado el enlace de la señorita... Los asistentes al acto fueron obsequiados...”. El sargento, muy serio, dice: “esta boda debía de ser de militares”. Me le quedé mirando y le pregunté:

¹⁷ El teniente, que se las daba de listo y con experiencia en todo, me hacía llevar una verdadera contabilidad de las existencias, compra-venta, entradas y salidas etc., pero a pesar de todo, más de cuatro bocadillos nos comimos mis amiguetes y yo a costa de esas ganancias que si mal no recuerdo, no las hubo.

¿por qué? En Gaucin sucedió otra, lo que demostraba el nivel de inteligencia de nuestros guardianes. En otro lugar lo detallaré.

Pasamos frío lo mismo que en Jubera, pero aquí no había leña ni árboles para cortar, en todo caso, algunas traviesas carcomidas. La nieve en invierno hacía su presencia y el agua dentro del barracón se helaba, no era fácil encontrar pan, estaba racionado, y otras viandas no nos lo permitía el poder adquisitivo. Las patatas y el maíz eran la base para que el personal no desfalleciera de hambre.

Como curiosidad diré, que los pueblos o aldeas de los alrededores carecían de comercio y se abastecían de sus propios productos. El despacho del vino tenía la obligación de hacerlo rotativo cada mes.

Ya he dicho que después de mi marcha, las autoridades de Vitoria expedientaron al teniente y a los sargentos, estos elementos debieron pensar, si pensaban algo, que la comida era “por nuestra cuenta”. Efectivamente, en una de las correrías por el campo la guardia civil apresó a varios compañeros y por allí empezó la madeja. Es de justicia la labor de un comandante instructor de la Capitanía General evitando las coacciones en los careos. Al estar en la Plana Mayor posteriormente, leí una copia de los autos del procesamiento y no se exageró nada de lo que allí ponía. Uno de los sargentos tenía un perrito que cuando tocaban fagina era el primero en ponerse en la cola y el taimado de su dueño, con una cuchara, sacaba la poca carne de la perola y se la daba. Así mismo, el teniente se llevaba “la tajada” más grande y los sargentos “las migajas”. En Alsasua seguía visitando a mis amistades, cogía un mercancías, me presentaba en casa de Carmen -allí normalmente estaba Josefina- y pasábamos un rato agradable charlando de mil cosas. En el transcurso de los años me he preguntado el por qué de aquellas correrías, ¿por afecto y cariño a determinadas personas?, ¿por autoconvencernos de que había alguien que nos quería por nosotros mismos? En honor a la verdad, había más de uno que también participaba de aquella forma, con sus propias amistades. Después, escurriendo el “bulto” de la vigilancia regresaba de madrugada a Salvatierra.

Escribí a Ramón para que, a ser posible, activara mi reclamación. No quería pasar allí otro invierno y también parece que llegué al convencimiento de que en cualquier momento me iban a cazar, pues aunque el

teniente no me decía nada, estaba casi convencido de que sabía mis andanzas. Por fin un día -no digo ni bueno ni malo, pero sí, que cambió mi vida posterior- llegó la orden de traslado a la estación de Gaucín (Málaga). Me lo comunicaron por medio de la escolta y que me presentara en Alsasua al teniente. Estuvo muy amable. Después de entregarme la documentación de marcha me fui al pueblo a despedirme de mis muchas amistades. Al cabo furriel le agradecí sus detalles y le recomendé a "Gallego" para que se quedara en mi puesto, y así fue. Con mi novia Blanca de Salvatierra la despedida fue, lógicamente, mucho más emotiva, pero a nadie comuniqué que la marcha había sido gestionada por mí. Al teniente el traslado le confirmó que yo "tenía mano", ¡así se escribe la historia!

Al llegar a Madrid, como era natural, fui a casa de mis padres, después a la de mi amiga y por la noche cogí el correo de Algeciras camino de mi nuevo destino.

Todavía hoy sigo haciéndome las mismas preguntas de por qué me fui de allí, ¿por el teniente?, ¿por el frío?, ¿por mis relaciones de amistad y amorosas un tanto confusas?, ¿por nuevas tierras? ¡No lo sé!

CAPÍTULO 6

Estación de Gaucín (Málaga)

La incongruencia de los mandos del ejército se ponía de manifiesto una vez más, viajaba sin escolta, ¿ya no éramos peligrosos?, ¿Ya no podíamos desertar?, Y, sin embargo, en los destacamentos y en los tajos sólo había represión, ¡increíble!

Según iba acercándome a mi destino, el paisaje y el ambiente de los lugares por los que pasaba eran diferentes a los que había dejado atrás, ¿mejores? ¿peores?, ¡no! Pasando la estación de Bobadilla, camino del sur, donde paraba el tren era un bullicio de gentes vendiendo mercancías, ¡por lo menos aquí no hace frío!

La estación del ferrocarril está situada en la línea general Madrid - Algeciras, aproximadamente a unos sesenta o setenta kilómetros de Algeciras, y en las inmediaciones de ésta, los pueblos de San Roque, La Línea de la Concepción y Los Barrios.

Después de viajar toda la noche desde Madrid no recuerdo concretamente la hora de llegada, pero según la hora oficial de Renfe, el tren debería hacer su entrada en la estación a las diez de la mañana, había llegado a mi nuevo destino, la Plana Mayor del 95 Batallón de Soldados

Trabajadores. En el andén había varios soldados con fusil y por su indumentaria eran escoltas, pero afortunadamente allí estaba mi buen amigo Ramón, al que le habían autorizado para que me acompañara hasta la oficina. Ésta estaba situada en un extremo de la aglomeración de casas que componían los alrededores de la estación.

Después de las primeras informaciones del lugar, por la tarde fuimos varios amigos a tomar unos chatos de manzanilla a una tasquita que había enfrente de la Plana. En aquellos tiempos, y de forma eventual, permitían a los “enchufados” dos horas libres, todo ello según el aire que le diera al capitán Moya, sin embargo, a los compañeros de los barracones, muy a menudo, ni se las permitían en domingos o días festivos.

Los barracones de los soldados trabajadores se encontraban al lado de la estación, y allí pernoctaban los compañeros que trabajaban en la vía y en la cantera. Esta cantera estaba a 15 kilómetros y su aspecto era impresionante, sobre todo viendo como hacían manualmente los agujeros con la barrena para colocar la dinamita, de la que una vez explosionada, salían grandes bloques que había que desmenuzar en piedra pequeña, o balastro, para posteriormente colocarlos en la caja y extremos de la vía. El trabajo era muy penoso, sobre todo para los que hacían perforación¹⁸, ya que se requería mayor especialización que en el aprender a golpear piedra, con lo que se trabajaba menos con más rendimiento.

Como era normal en todos los destacamentos, después del toque de trompeta y los correspondientes golpes, se tomaba el recuelo de malta y con ese refrigerio empezaba la tarea. Una vez se llegaba al tajo en las bateas, el lugar de trabajo se asignaba por parejas: unos al porro (mazo grande), otros al porrillo (mazo pequeño)¹⁹, aquellos al pico y aquellos otros a la pala.

Lo más peligroso, lógicamente, era usar la dinamita y los fulminantes, pero aquí había menos control que en Jubera y, por lo tanto, “se perdía” más explosivo. ¿El objetivo?, disponer de ella en un momento determinado.

¹⁸. Tenían una peseta de gratificación en mano por ser voluntarios, pero cuando no los había era a dedo.

¹⁹. Partir la piedra grande o pequeña tiene su técnica. El primer día que me tocó en suerte, me deshice las manos y no adelanté nada, hasta que un compañero se fijó y me dio la solución.

En Gaucín se trabajaba más y el calor influía, sobre todo en verano, para hacerlo agotador, era lo contrario de Alsasua o Jubera, donde el frío era nuestro enemigo, pero la insuficiencia de vitaminas y proteínas se daba en todos los lugares. Mandaba la compañía o destacamento el capitán Moya, y cualquier calificativo que pudiera utilizar para expresar su conducta, no evidenciaría el grado de maquiavelismo mental de este oficial. Tenía su mejor ayudante -en la represión- en el sargento de Félix, al que me volví a encontrar allí, ya que cuando salimos de Jubera el no fue a Alsasua, lo que nos sirvió de alivio.

¡Estoy en mi nuevo destino!, ¡soy un privilegiado!, ¡no picar en un batallón de trabajadores!, ¡casi nada!, ¿lograría mantenerme de forma continua?, ¿me sucedería lo que en Alsasua, que por lo menos tres veces a la semana no había quién me quitara de cargar las bateas? En Alsasua y Salvatierra había logrado trabajar lo menos posible sin “hacer el caldo gordo” o peloteo a nadie y salir bien librado del acoso del teniente y de la mutua antipatía. No sólo era por antagonismo ideológico, sino también por el robo sistemático que nos hacía y la impotencia de no poderlo remediar. Creo que yo entonces ponía el contrapunto de mis amistades en el pueblo para crearle un desasosiego permanente, él carecía de afectos... En la oficina de la Plana Mayor, si mal no recuerdo, éramos trece compañeros (después fue disminuyendo su número): catalanes, madrileños y salmantinos. En general nos llevamos bien, aunque como sucede dentro de cualquier colectivo, se simpatizaba más con unos que con otros, como ocurrió con mi buen amigo Linares, que aunque era, o es, de la provincia de Murcia, se le consideraba madrileño²⁰.

Ramón empezó a tramitar la baja -con arreglo a las normas vigentes- por la vista, tenía bastantes dioptrías, pero hasta que no llegó a dicho destino nadie le comunicó que ese derecho le asistía, creo, incluso, que por ser hijo de viuda no tenía que haberse incorporado, ya que como indiqué, también era de la quinta del 42. Hasta pasados varios meses no le llegó la orden de irse para su casa.

²⁰. ¡Imperdonable!, cómo es posible que haya olvidado dos camaradas valencianos?, qué habrá sido de ellos en estos años. Así mismo, deseo rendir tributo de amistad a mi buen amigo “Toquero”, fallecido ya, y también recordar a los camaradas que hicieron su curso de aviador en la URSS.

El repetido capitán tenía la costumbre de llevar una fusta (látigo que se usa para castigar a los caballos) en la mano que le servía, cuando lo consideraba oportuno, para golpear con ella a algún trabajador o escolta. Lo mismo le sucedía a Félix que intentaba imitarle. La convivencia era diaria, ya que el despacho lo tenía en la misma sala donde estaba la oficina, y ésta, al estar en un extremo del poblado y cuesta abajo en dirección al río Guadiaro, permitía salir en esa dirección²¹.

Todo el verdor del norte aquí era un sueño. En algunos lugares, dirección Algeciras, había factorías de corcho, ya que el árbol del Alcornoque se producía por allí. La población se portaba bastante bien con nosotros, aunque las relaciones, en general, eran muy esporádicas, si bien es cierto que los de la Plana Mayor, como siempre, teníamos más libertad, aunque muchos de la oficina rara vez quebrantaban el horario y las zonas asignadas para el paseo. Las condiciones económicas de los habitantes eran verdaderamente lamentables en aquella época. El trabajo de los pocos hombres que se veían era hacer carbón en el monte cuando se lo autorizaban, recoger espliego silvestre y hacer algo de contrabando. El resultado eran necesidades de toda índole, la mayoría de las casas carecían de agua corriente y las condiciones eran infrahumanas.

Pasadas unas semanas, me di cuenta de que con distintas características, pero con el mismo fin, la situación en el batallón aquí también era igual, ¡mala comida!, ¡mal trato!, ¡falta de libertad!, ¡poca agua!, ¡mucho calor! Quiero hacer constar una vez más, que nosotros en la oficina éramos punto y aparte en todas las cuestiones generales de privación, hasta para el agua teníamos a nuestra disposición un pozo en una casa vecina y a cuya familia ayudábamos económicamente cuanto podíamos.

La carencia de comida, y ésta de mala calidad, hacía que los soldados trabajadores, incluyendo los escoltas, procurase conseguir alimentos en el campo, pero la realidad era que por allí no había, solamente chumberas, y en su época, y éstas tenían su dueño, que no dejaba de quejarse al

²¹ En aquel poblado la central eléctrica cuyas oficinas y dependencias eran coto aislado en todos los sentidos, tenía en dicho río una gran presa. A los naturales jamás les vimos bañarse allí ni tampoco pescar, porque la triste realidad era que preferían tomarse “un cafelito” que arrastrar el riesgo de la veda. El pan con un poco de manteca pimentada era en muchos hogares el único alimento y el vender tortillas en la estación a los viajeros, les ayudaba a subsistir.

capitán, con razón, de que le robábamos los higos, pero también por parte de la población²².

A pesar de la falta de libertad, empecé a hacer amistades con la población civil, no simplemente como táctica, sino porque para mí eran vitales las relaciones humanas, ¿cómo vivían y de qué?, ¿cómo pensaban políticamente?

Honestamente, no había que pasar hambre y la ayuda familiar era muy escasa. En aquel núcleo poblacional no había escuelas, y si las había, honradamente, nunca las vi; a través de las ventanas veíamos a los chavalillos que estaban todo el día corriendo por las calles, lo que me llevó a deducir que el índice de analfabetismo debía ser impresionante. Una señora, viuda de un trabajador de la central eléctrica, me propuso que les diera clase a sus tres hijos, a lo que accedí por una modesta cantidad de 25 ptas. al mes que luego no se las cobré. Allí se juntaban otros dos niños más. Después de terminar la labor en la oficina me dirigía a su casa, que estaba a unos metros, y allí pasaba un par de horas diarias, aunque en los días laborables estaba prohibido pasear, pero por los alrededores de la plana se hacía la “vista gorda”.

Las calles y callejuelas estaban en cuesta, dirección al río, y su piso era de cemento o guijarros. Yo seguía gastando mis botas de suela de goma, detalle que me permitía no hacer ruido y sí, en cambio, sentir las pisadas de los escoltas en mis correrías nocturnas. Como había muchos recovecos e irregularidades en el trazado de las calles no era difícil esconderse, ya que no se podía circular por la noche y, menos, nosotros. La guardia civil y los carabineros también patrullaban, aunque éstos por la estación y alrededores, pero sobre todo, por la central eléctrica.

Algunas veces la guardia civil y los carabineros, que eran lo mismo pero con distinta indumentaria iban a la oficina para que les hiciéramos un escrito por tener su máquina averiada, y comentaban con nosotros que

²² Mayoría de los escoltas eran los encargados de suministrarse hacia su estómago los higos chumbos. Hubo uno que cogió una indigestión, se comió por una apuesta ochenta y casi reventada, poco se habría perdido, pues además de ignorante, tenía mala leche, y como yo, además, estaba destinado de practicante o ayudante del médico, le gasté la broma de tenerle en el río con el culo en el agua toda una mañana ¡era un remedio casero! Posteriormente se le evacuó al hospital de Algeciras.

que escuchar por las tardes, que el día anterior a la confesión y comunión nos mandaron formar, y después de una arenga a su estilo y forma -sin estilo y sin forma-, dijo: “que den un paso al frente los que no quieran confesar”.

Previamente él había colocado los “peones en el tablero”: los oficinistas y destinos, los primeros, y los escoltas, aunque separados de nosotros, también en primera fila. La sorpresa fue de las que hacen época, no había terminado de decirlo, cuando doce de los trece dimos ese paso al frente, y detrás de nosotros, toda la compañía. Nos falló un pobre diablo que teníamos en la oficina por cobardía, no por creyente. Estas cosas no se pueden contar, no hay palabras, hay que vivirlas.

Sabíamos que intentarían coaccionarnos y con aquella mentalidad tomarían represalias. En honor a la verdad, los sacerdotes, en conversaciones con ellos, reconocieron nuestra posición al no ser católicos ni practicantes y, máxime, por cómo se habían desarrollado los hechos. En el destacamento de San Roque, que ya se había desligado de nosotros, sucedió algo por el estilo.

El capitán Moya, acto seguido -su soberbia no le dejó funcionar bien- y sin romper filas, ordenó que trajeran picos y palas y en aquel descampado mandó, por cuadrillas, hacer zanjas sin utilidad de ninguna clase. A mí me pusieron con un excelente compañero y camarada -no recuerdo su nombre- que me dijo: ¡déjame el pico que pesa más! Cuando cogí la pala, volvió a insistir: ¡déjamela que tú no estás acostumbrado! Mira -le aclaré-, cuando terminemos de picar, en la oficina nos va a mirar las manos para ver si tenemos ampollas y aunque se las da de listo, es sólo un chusquero²⁴, y cuando nos vea en el estado que van a quedar, se le va a pasar un tanto por ciento el cabreo y, además, nosotros en la oficina somos necesarios, aunque a algunos nos podrá mandar a cargar vagones o a picar, pero no a todos. Aquel acto un poco simbólico y, de cierta firmeza, nos permitió dar impulso a la organización y que la mayoría tuviera confianza en nosotros.

²⁴ En el argot cuartelero se les llama así a los oficiales que consiguen una graduación por años de servicios. Su mérito sólo es ese, ¡años!, pero con escasa preparación para esa categoría.

no saliéramos por la noche, que había salteadores. Se decía, que por la Serranía de Ronda y el Campo de Gibraltar, había partidas de guerrilleros con una mayor o menor estructura y organización. En Algeciras, el Partido Comunista, en los años 1943-44-45, estaba organizado y editaba un boletín que nosotros recibíamos de una forma, más o menos, periódica.

En el batallón, en general, y en la Plana Mayor, en particular, se empezó a gestar la idea de organizarnos clandestinamente con objetivos inmediatos. ¿El desembarco de los aliados sería por el Peñón de Gibraltar? Sea lo que fuere, en nuestro optimismo e ilusión había que estar preparados, ¡qué pena!, ¡qué despiste teníamos!

El capitán Moya era el comandante militar de aquel lugar, y por esa causa iban por la oficina guardias civiles, a tramitar asuntos burocráticos, lo que aprovechábamos de una u otra forma, para intentar dialogar con ellos. De esta forma nos afianzábamos en nuestros conocimientos políticos y operativos de aquella zona, que comprendía la Serranía de Ronda y Sierra Bermeja, y donde, al parecer, se encontraba el “operativo” de una guerrilla más o menos coordinada.

Una fecha fundamental para la aceleración de la “organización” en el batallón fue la Pascua Militar del año 1944. Yo seguía en la oficina, y por la tarde o noche iba a dar mis lecciones a los chavales, lo que aprovechaba para intimar con alguna joven, o menos joven, pero nunca me olvidaba de hacer proselitismo de toda índole con la población en general.

En la Plana Mayor procuraba dar la sensación de firmeza no haciéndole la pelota a ningún mando y, mucho menos, a los escoltas, pero esto no era suficiente para captar la confianza y simpatía de los compañeros del barracón. El capitán Moya nos lo puso en bandeja.

Con su psicopatía del ordeno y mando se preparó un “farol”²³ con las autoridades castrenses y eclesiásticas de Algeciras. Enviaron un par de sacerdotes católicos -¡no faltaba más!- para prepararnos, había que “comulgarnos” y “catequizarnos”, y algo debió trascender del cachondeo que nos traíamos después de los sermones, que por obligación teníamos

²³. Creía que por la represión y obediencia haríamos lo que él mandara, pero olvidó que nosotros teníamos algo que él no tenía: dignidad.

Cuándo estuvimos en la oficina nos pasó revista y el muy cretino “gozó” de ver cómo se habían puesto nuestras manos, pero si él hubiera previsto o vislumbrado lo que significó su acto, ¡se hubiera muerto de un berriñe!, ya que ni sus acciones ni reacciones eran normales. Prohibió hasta que saliéramos a la puerta de la calle, prohibió todos los paseos, prohibió el paseo los domingos por la zona señalada a los trabajadores. Como era natural en mí, no hice caso de las prohibiciones, y las consecuencias fueron que me castigaron a picar o machacar piedra en la cantera y, por la noche, me incorporaba a la oficina. ¡Era la reserva burocrática!, ¿o no? La realidad era que no me dejaba definitivamente en el tajo, ¿sería porque me llevó allí el comandante Ramón?

En conversaciones con los camaradas de la oficina, se gestionó la idea de que el practicante de la compañía, otro camarada, me enseñara lo más elemental de su misión. Interesaba a la organización coger este destino, pues era único y especial, ya que permitía una gran movilidad al estar con todos los trabajadores.

El botiquín era rudimentario y estaba situado en una casa al lado del pueblo y cerca de la del médico, que, por cierto, ignoro qué contrato o concierto tenían con él, pues la realidad es que se le veía muy poco por los barracones. La ubicación de aquel lugar era excelente, pero no adelantemos acontecimientos.

A medida que pasaban los días, se iban licenciando compañeros de las quintas del 36, 37, y 38, y otros que podían demostrar que su permanencia en filas era igual al tiempo de los de la zona nacional²⁵.

Mi buen amigo Parra estaba entre los próximos a marcharse y, como era el practicante, me enseñó todo lo que sabía para ponerme en condiciones de ocupar su puesto. Al médico le dijo que ya tenía sustituto, y después de presentarme y ver mis conocimientos -había practicado vendajes y poner inyecciones-, me consideró apto, sólo faltaba el escollo del capitán Moya, cuestión que se encargaría a su tiempo el propio médico²⁶.

²⁵ Se marchaban para sus casas los compañeros de las quintas atrasadas que al presentar los documentos de su permanencia en los Batallones de Trabajadores de Desafectos, era para computarles el tiempo (no se podía comprobar que fuera verdad).

²⁶ Parra tenía dos “libracos” de anatomía y cirugía menor que me aprendí bastante bien. Mis camaradas decían que era un matasanos sano.

A pesar de las órdenes, de ninguna forma renunciaba a mi libertad personal. Mis arrestos eran de quince días o una semana y cuando estaba incorporado a la oficina, lo primero que hacía por la mañana era irme al mercado de frutas y verduras y compraba la que podía, sobre todo tomates, pues tenía que comerme por lo menos medio kilo en ayunas por prescripción facultativa²⁷.

He hablado de la oficina, pero lo que no he señalado, es que dormíamos allí mismo entre sillas y mesas, que comparado con los barracones, era una pensión, por lo menos, de tercera. El piso del suelo era de madera y afortunadamente no había chinches, aunque piojos se filtraban más de uno. Hacíamos nuestra imaginaria por dos motivos: primero, porque lo exigía el reglamento y, segundo, por nuestro interés personal. Por el día teníamos un escolta a la puerta y se retiraba por la noche, ¡increíble!, servía de decoración el soldadito a la puerta con su fusil. Nuestro “destino” le pesaba lo suficiente como para no decirnos nada cuando nos cruzábamos delante de él.

Por la noche seguía con mis tertulias, pero no simplemente dar clases, sino también a ver a mis amistades y, sobre todo, a una joven que me distinguía con su afecto. Total, que aquellas escapadas eran el contrapunto de la represión del día y que por ningún motivo estaba dispuesto a dejar, a pesar de los arrestos. Claro es, que en algunas ocasiones me fue imposible escapar.

Cuando me incorporé a la Plana Mayor, lo primero que me advirtieron mis compañeros es que no tomara café bajo ningún pretexto en las casas particulares. Ciertas costumbres allí observadas, en aquel entonces, chocaban con nuestra mentalidad y, como curiosidad, destacaré algunas:

- a) El luto en las mujeres casadas. Todas llevaban ropa negra, excepto alguna forastera.
- b) Ninguna joven iba sola con su pareja o novio, siempre iba con una niña o, en su defecto, con una persona mayor -mujer- de carabina.

²⁷ Desde 1936 había sufrido de hemorragias nasales, tenía unas heridas interiores que no cicatrizaban, a pesar de habérmelas quemado con nitrato de plata. Al consultar con el médico, ya lo había hecho con otros, me recetó sólo tomates en ayunas. ¿Fue casualidad?, no lo sé. La realidad fue que mi mal desapareció. También el médico me conocía y, además, me había hecho una pequeña operación de un bulto que tenía en una rodilla que resulto ser un espino que tenía desde la guerra.

- c) Existía la costumbre de “llevarse” a la novia, presunta esposa, diez o doce días antes de casarse, era como una especie de viaje de novios anticipado.
- d) A los niños que llevaban en los brazos, no les lavaban la cabeza y, como consecuencia de ello, el occipital estaba lleno de piojos y liendres.
- e) El despiojamiento a las puertas de las casas o en los patios interiores, las que lo tenían, era normal.
- f) Por conocimientos de generación en generación, eran las comadres muy aficionadas a las hierbas medicinales. Determinadas servían para las heridas infectadas, dolor de cabeza, dolor de estómago, etc., pero sobre todo filtros de amor, llamados vulgarmente en el pueblo “darles el trapo”. Consistían, al parecer, hierbas afrodisíacas y otras cosas más o menos secretas que, en el mejor de los casos, le producían al infeliz de turno una intoxicación y, en el peor, anulación de mente, por eso la observación de “no tomar nada”. Nuestra labor de esclarecimiento fue en muchos casos muy positiva sobre todo, para aquellos que constantemente teníamos contacto con ellos o ellas.

Después de marcharse Parra me hice cargo del botiquín. Por las mañanas muy temprano se pasaba consulta en él, unas veces solo y otras con el médico, reconocía, ponía vendajes o inyecciones, y a los que tenían fiebre y no consideraba conveniente levantarse, se les pasaba consulta en el barracón. Si iba el médico, al hacer el parte de baja no había problema, pero si el que lo hacía era yo, las discusiones con el sargento y el brigada estaban a la orden, “que si era mucho”, “que eso no podía ser”, “que había mucho maula”, etc. Yo me mantenía en mi posición: ¡baja por enfermedad!

Algunas personas de la población civil venían al botiquín y les ayudaba lo que podía, y aunque no estaba autorizado, tampoco me lo prohibieron. Él prácticamente no iba a la cantera, iban dos compañeros que hacían de camilleros, así pues, inauguré la nueva modalidad de ir también a la cantera, ¡adiós mi libertad de acción! Pero en el cambio gané el contacto con mis compañeros y aprendí, teóricamente, a manejar la dinamita y los fulminantes.

Los contactos con el Partido Comunista se tenían por algún compañero de la oficina que se podía desplazar semanalmente por cuestiones

Pero aquella vez les falló el medio de locomoción y se lo llevaron arrastrando hasta el barracón. A la mañana siguiente, se presentó la guardia civil siguiendo el rastro y, con harto conocimiento de causa, decían que allí tenía que estar, hicieron el registro y no apareció la “víctima”. Anteriormente, los que robaron el cerdo se lo habían dicho al teniente y éste lo metió debajo de su cama. Cuando el cabo de la guardia civil fue a darle la novedad, el teniente les dijo: ¿no habrá encontrado nada?, ¡ya les decía que mis hombres no podían ser! Sonriendo, les volvió a decir: ¿han registrado debajo de mi cama? Un compañero, años después me dijo: “chico, qué poco me faltó para decir: ¡si señor, está debajo de la cama!”. ¿Qué habría sucedido?, ¡mejor no pensarlo!

Mientras tanto, en la estación de Gaucín nuestra preocupación era seguir organizándonos y ponernos a disposición del partido, aunque en una de las primeras acciones que nos encomendaron no estuvimos de acuerdo y, creo, que acertamos²⁸. Posteriormente, discutimos una segunda acción y les convencimos de que eso no era justo, ni políticamente rentable para la organización²⁹.

Ignoro si en otros batallones de soldados trabajadores se preocupaban de los compañeros que estaban trabajando en las canteras o en las vías. En la Plana Mayor de Gaucín, al menos, estábamos muy sensibilizados por la opinión que pudieran tener de nosotros, y lo demuestra esta pequeña anécdota: “un compañero catalán, que hacía de secretario, tenía la manía de revisar todos los días un pequeño maletín que contenía ropa. La colocaba encima de la mesa y la volvía a dejar dentro. Observándole, vi un gorro de los que nos daban, pero como el diámetro era supergrande -tenía un buen torrao-, le dije: “¡buenos están contigo en el barracón!”. ¿Pero qué les he hecho yo?, ¿pero qué he dicho? ¿Te parece bonito que con la escasez de ropa que hay, hayan tenido que romper un traje

²⁸. Nos comunicaron que había que dar un “golpe económico” a la central eléctrica y lo teníamos que organizar nosotros. El partido estaba muy mal de fondos, según decían. Se discutió y no se hizo nada.

²⁹. Que seis de nosotros nos incorporáramos rápidamente a la guerrilla que se estaba reorganizando en aquel sector. Hacían falta mandos políticos y fuimos los designados. Discutimos lo que procedía y llegamos a la conclusión de que dejaríamos a la organización en cuadro, que como alternativa mejor sería hacerlo masivamente o, por lo menos, los que quisieran venir.

oficiales o a través de un vecino de confianza. Éste recogía un sobre y nos lo entregaba, si bien es cierto, que la mayoría de las veces las instrucciones eran verbales.

La organización, después de lo sucedido con la comunión, se fortaleció en adeptos. La realidad es que se discutía poco, tanto por la situación de clandestinidad como por nuestra mentalidad política, sólo se hablaba o dialogaba a ciertos niveles y después era el ordeno y mando. Nuestro objetivo podía ser ayudar a los aliados en caso de desembarco o prestar apoyo a la guerrilla antes de la “hora H”, si ésta se efectuaba.

En el año 1944 había mucha confusión, todo eran rumores. “radio macuto” funcionaba las 24 horas, empezando por lo que sucedía en otros destacamentos. La radio oficial nadie la escuchaba, entre otras razones, porque se carecía de ella, al menos de entre nuestros conocidos no recuerdo que alguien la tuviera.

De lo que sucedía a pocos kilómetros de allí carecíamos de información -rumores solamente confirmados años después por contraste de pareceres-, como lo que estaba sucediendo en Los Barrios o San Roque, que allí había una amplia libertad después del trabajo, pero de comida, ¡nada!, ¡parece inverosímil! Aquello fue la consecuencia de que un grupo de compañeros empezaran a buscarse la vida por su cuenta y como pudieran. Al principio sólo era para comer, ayudando incluso a los demás, pero una vez saciaron el hambre se ampliaron sus perspectivas: vino, mujeres, etc. Sólo el hecho concreto o los hechos, tuvieron repercusiones generales -¡conste que me abstengo de juzgar o reprochar nada!-. ¿Cómo sucedieron?, ¿puede desaparecer un vagón conteniendo 10.000 kilos de garbanzos de la estación de San Roque, independientemente de los cinco trabajadores que, al parecer, intervinieron ¿quién más estaba implicado?, ¿dónde fueron a parar?

La “actividad particular” de los soldados trabajadores empezaba oficialmente cuando hacían el último recuento, después quedaban diez horas; unos las aprovechaban de una manera y otros de otra. La “descubierta” se efectuaba con el visto bueno tácito del teniente, los escoltas, en este caso, se atenían a las órdenes recibidas.

“Iban vestidos de paisano; llegaron a un extremo de la estación y observaron en vía muerta un vagón aparcado. La primera deducción es que se

encontraba averiado, ¿estaba lleno de mercancía?, ¿vacío?, ¡sorpresa! ¿Cómo averiguaron que tenía garbanzos?, ¿lo desprecintaron?, ¡no! Con unos hierros o barrenas, según información posterior, se metieron debajo del vagón para que no les pudieran ver e hicieron unos agujeros por donde sacaron los garbanzos. Como no tenían bolsas, llenaron las mangas de las camisas y se dirigieron al barracón, lo que sirvió para que al día siguiente el caldo tuviera mayor consistencia. Pero el resto, ¿quién se lo llevó?, ¿fueron los trabajadores en complicidad con alguien?, lo ignoro.”

¿Quién o quiénes daban los golpes llamados “económicos”? Se decía que los atracos a cortijos y establecimientos eran realizados por paisanos que se hacían pasar por guerrilleros.

¿Qué hacía la contraguerrilla o pseudo contraguerrilla de la guardia civil? Según rumores, el contacto con los cortijeros era incorrecto o violento. Se decía que eran guardias civiles vestidos de paisano para desprestigiar a la guerrilla, ¿esto era verdad?

¿Qué hacían algunos soldados escoltas con sus armas? Se decía que las armas que portaban los paisanos o algunos soldados trabajadores se las alquilaban por 100 ptas. la noche, ¿verdad?

¿Qué hacía la guerrilla sin controlar y sin perspectivas? Se oía que las partidas de tres o cuatro paisanos estaban en la sierra hacía años, que habían perdido el contacto con sus organizaciones y expoliaban lo que podían sin tener en cuenta nada más que su subsistencia...

¿Cómo es posible llevarse los faisanes de la granja del Gobernador Militar? A aquel grupo de compañeros trabajadores, una vez repleto el estómago -producto de sus excursiones-, el cuerpo les pedía aventura y otras cosas, y se les ocurrió asaltar la granja del Gobernador, a la que dejaron completamente vacía de aves. ¿Quién les compraba el producto? Según informaciones posteriores, aquello lo hicieron para demostrar que “no se les ponía nada por delante”.

Otros días se llevaban de las pjaras que pacían en el campo, algún que otro cerdo, más o menos grande, y para ello, según me contaron posteriormente, tenían una técnica especial que les permitía acercarse y después, con un porrillo, le daban un golpe en la cabeza, para posteriormente cargarlo en una caballería de algún paisano.

para hacerte un gorro? A esto, contado en frío -a pesar de ser humor negro-, no se le ve mucha gracia, pero en aquellas circunstancias y, con la cara que puso, la carcajada fue unánime.

Nos pusimos de acuerdo con el partido para cumplimentar lo que considerábamos que había que hacer: ¡unirnos a la guerrilla dispersa y, sin organizar, en la Serranía de Ronda! Teníamos información de que el mando se encontraba en un lugar a unos 45 kilómetros de la estación de Gaucín (remarco la “estación”, porque no tiene nada que ver con el pueblo del mismo nombre).

Comenzaron los preparativos tácticos y estratégicos para cumplimentar lo que estábamos proyectando. Había que coordinar muchos detalles - ¡no fue nada sencillo!- y tenían que guardarse ciertas normas de clandestinidad, pero a pesar de ello, la mayoría tenía conocimiento de que algo se cocía en el ambiente. En la primera fase, la más difícil sólo intervenía una minoría en combinación con la guerrilla. Se había contactado con ella, con un responsable de la misma, y en principio estaba ultimado todo para el “día X”. Escrito de esta forma tan simple parece fácil, ¿verdad?, pero se necesitaron días y días, consigna del encuentro y lugar, señas exteriores de identificación etc.

Mientras tanto, seguía la labor de captación, pues a algunos compañeros les parecía inviable aquello que nos proponíamos, ¿tenían razón? No era difícil las primeras escaramuzas, el problema vendría después, el de si seríamos capaces de controlar y reorganizar la guerrilla de la Serranía de Ronda y de acoplarnos a aquella vida en espera de un desembarco que no llegó.

Para evitar mis correrías, me habían enviado a dormir a un barracón nuevo que se había habilitado, pero con las mismas características de siempre. A pesar de ello, la noche que estaba algún escolta de guardia que me debía un favor -yo seguía de practicante- por alguna causa, como el darle de baja por enfermedad para no hacer servicio o por tener una relativa amistad, salía del barracón. Hoy día, al examinar los hechos, podría considerarse una irresponsabilidad pero entonces pensaba que debía seguir haciendo la misma vida.

Era de madrugada, sería a últimos de agosto de 1944, cuando se presentó la guardia civil en el barracón. Yo dormía frente a la puerta de entra-

da, pero en esos momentos me encontraba desvelado pensando en los problemas, cuando instintivamente levanto la cabeza y me encuentro con un “número” apuntándome con su fusil. Acto seguido, irrumpieron otros y nos ordenaron ponernos de pie y sin movernos de los petates. Empezaron a registrar, ¿qué buscaban? En la cabecera tenía mi maleta y, en la parte interior, había colocado un póster de un jugador de fútbol y, debajo de éste, estaba un croquis de los objetivos a conseguir. Al abrir la maleta en forma de ángulo, dejé rápidamente una camisa y el peligro pasó momentáneamente.

El registro fue rutinario y, como es natural, no encontraron nada. La dinamita la teníamos escondida fuera de los barracones, entre unas pilas de traviesas. ¡Vaya sorpresa cuando pasados los años la encontraran! Lógicamente, en aquellos momentos, todo eran cábalas, ¿habría habido alguna filtración?, ¿qué órdenes traían?, ¡jamás se ha aclarado el por qué de todo!

Tocaron a formar fuera del barracón y, a los pocos momentos, llegó una compañía de soldados de Algeciras, ¿qué habría sucedido? A estos soldados les dijeron, después del toque de generala, que los penados de Gaucín se habían sublevado, pero otros decían que ellos no sabían nada. Según nos enteramos posteriormente, el comandante que dirigía la operación se fue a casa del capitán Moya, después al almacén de víveres y, al “elemento” del capitán, le llamaron para Algeciras.

“Radio macuto” empezó a funcionar cuando nos confinaron a todos en otro barracón. ¿Alguien comunicó al capitán general del Campo de Gibraltar que los soldados trabajadores iban a desertar en masa por malos tratos y falta de comida?, ¿eso, así, tan sencillo? ¡Tuvo que ser una información, si es que la hubo, muy simple!.¿Por qué no interrogaron a nadie? Se hablaba, también, de que el gobernador militar no quería soldados trabajadores por las cercanías del Peñón y de África. ¿Tendrá información de todo lo sucedido por aquellas fechas Capitanía General?

Después de lo sucedido, se hizo un muro de silencio entre nosotros, nos jugábamos un consejo de guerra sumarísimo por rebelión militar y, después, quizás, el fusilamiento. ¡Nadie dio la consigna!, ¡silencio!

Exteriormente fue reforzada la guardia nocturna y continuamos yendo a la cantera, yo con el botiquín y las curas, ¡adiós mi libertad! Algunos de

los soldados regulares, que eran gente muy sana políticamente, nos dijeron que tenían orden de disparar ante cualquier figura que se acercara al barracón o intentara salir.

“Radio macuto” no dejaba de funcionar intensamente: ¡toda la Plana Mayor a Lora del Río!, ¡la agrupación de Algeciras se traslada!, ¡se deshacen los batallones!, ¡nos trasladan a Madrid! ¡A Madrid, nada menos!, pero, ¿para qué? Los que teníamos responsabilidades políticas nos hacíamos más preguntas: ¿qué había sucedido con la organización del P.C. en Algeciras?³⁰

Todos los rumores tenían bastante de verdad, ¿quién filtraba las noticias? No habían transcurrido dos meses, cuando nos comunicaron oficialmente que nos prepararíamos para el traslado colectivo, la orden había llegado de Algeciras. El grueso de la fuerza fue a Collado Mediano (Madrid), a unas canteras que había en aquel término municipal, el resto, a Lora del Río (Sevilla).

Aquel traslado, y la no investigación, nos permitió respirar mejor. Al mando de la expedición pusieron a un teniente -que era igual que todos los que habíamos tenido anteriormente, con la honrosa excepción del asturiano-, y para amargarnos el viaje en sucesivos días, también iba el sargento de Félix y otro, al que llamábamos “salivilla”, porque tenía la costumbre de escupir cada vez que decía una palabra. Era bastante buena persona, ¡un infeliz!, pero tenía el agravante de querer emular al otro sargento cuando éste estaba delante, aunque al final, normalmente, hacíamos lo que queríamos, sobre todo yo, por mi cargo de enfermero y practicante.

Se cargó un vagón completamente con los papeles de la oficina y, en el otro, el botiquín con unas cuantas cosas más. Durante el camino, por mi cometido, podía visitar todos los vagones, como es de suponer, de carga. Después de 24 horas de viaje, llegamos de madrugada a una vía

³⁰ Fue tan serio lo que sucedió en Gaucín, que después de cuarenta años me sigo preguntando: ¿cómo fue posible que se desarrollaran los acontecimientos de aquella manera?, para evitar un destacamento de la guardia civil y una compañía de soldados?, ¿qué información tenían?. Posteriormente, tuvimos conocimiento de que la Brigada Político-Social de Algeciras había efectuado detenciones en el Partido Comunista por aquellas fechas. Un plan colectivo de tal envergadura, ¿cómo pudo mantenerse en secreto?.

muerta de la estación de Atocha. Los que éramos de Madrid habíamos avisado por teléfono a los familiares y la alegría y sorpresa fue inenarrable, ya que suponían que tardaríamos tiempo en verles.

Antes de instalarnos definitivamente en Collado Mediano -en un barracón de cemento armado sin servicios higiénicos ni agua corriente, ¡cómo siempre!-, estuvimos en unos barracones de Renfe en Las Rozas (Madrid), pero sin trabajar. Por aquellas fechas empezaron a conceder muchos licenciamientos y permisos, ¡increíble!, eran pocos y esporádicos. ¿Sería porque el teniente que ahora estaba al mando tenía la consigna de libertad y la comida por cuenta de uno?, ¿tenía algo que ver el transcurso de la guerra?

CAPÍTULO 7

Collado Mediano (Madrid)

El puesto de mando de la compañía y batallón se instaló en una caseta guardagujas de Renfe, el botiquín en una chabola de enfrente, separados por la vía y al lado de un paso a nivel sin guarda, el barracón de los trabajadores a doscientos metros aproximadamente y, a unos dos kilómetros, el pueblo.

Mis competencias habían aumentado, estaba en la oficina poniendo todo en orden. Los compañeros se habían licenciado y otros estaban en Lora del Río. Dormía en la chabola y eso me daba margen para una mayor movilidad, aunque procuraba que ésta fuera bastante más comedida - pensaba en lo de Gaucín-. Algunos domingos venía Blanca a verme cuando no podía desplazarme con el permiso correspondiente.

Los efectivos en hombres, del batallón o compañía, habían disminuido sensiblemente, éramos unos setenta y cinco, pero todavía los suficientes como para que me preocupara de las medicinas, pues estando en la provincia de Madrid, consideraba que podía desenvolverme mejor, que había más posibilidades de poner las cosas en claro, en todos los aspectos, ante las autoridades competentes. ¿Por qué no había medicinas en el

botiquín?, ¡Sólo cuatro vendas e inyecciones de calcio! En la agrupación de Algeciras habían dicho que no daban más.

En el boletín interno de la Capitanía General de Madrid, leí que los soldados tenían derecho a tal y tales medicamentos dentro de una compañía, ¿éramos soldados? En todos los lugares donde estuvimos destacados, teóricamente, había un titular de médico civil que firmaba los partes de baja hacia el hospital y, aquí, en el nuevo destino, nos designaron a D. Antonio, aunque por causas que ignoro, dejó de asistirnos, ¿por enfermedad? La verdad es que era muy anciano, y la poca cirugía menor que se efectuó la tenía que realizar yo.

Aprovechando la visita de despedida del comandante Ramón -se jubilaba o pasaba a la reserva, no me acuerdo-, le presenté la papeleta de la falta de medicamentos, algo insólito para él. ¡¿Cómo dice?!, ¡¿medicamentos?!. ¡Sobre todo de urgencias! -contesté-. Había hablado con el médico y éste apoyaba mi solicitud.

Fue algo inhabitual. Nos acercamos a Madrid, y en el Pº María Cristina nos recibió un comandante de sanidad que se quedó muy extrañado de que esa unidad la hubieran traído a Madrid, y cuando le dije las medicinas que disponía, volvió a decirme que no lo comprendía. Me mandaron salir del despacho y se quedaron hablando los dos.

El comandante Ramón salió al poco tiempo, me dio un impreso para que lo rellenara con el petitorio, y así lo hice. Lo entregó, y quedamos en que al día siguiente me presentara para recoger los medicamentos.

A la compañía se incorporó un brigada, una excelente persona, un infeliz que robaba para el teniente, que sólo se preocupaba de juerguearse en Madrid a costa de los trabajadores³¹. Después se incorporó también otro oficial, un capitán que no se preocupaba de nada -al parecer lo habían enviado sancionado y estaba esperando el retiro-, ¡no duró ni un mes!, y, finalmente, vino un nuevo comandante. Muy austero, muy militar y respondió bastante bien cuando tuvo que proceder contra el teniente.

³¹ Los dos brigadas que conocí en el batallón eran unas excelentes personas. El de Collado, administrativamente competente, y el de Gaucín, estaba en la oficina por recomendación y no hacía nada ¡sólo pasear de mesa en mesa! Estando R. escribiendo a máquina, se le quedó mirando cómo movía los dedos y le dijo: ¡qué ganas tengo de aprender a escribir para no tener faltas de ortografía! Repito una vez más, palabra de honor ¡es verdad!.

En la Plana Mayor, como he dicho, ya no quedaba nadie, por lo que tenía que hacer, no sólo de médico-enfermero-practicante, sino también de secretario del comandante. Si se me permite el símil, era el unguento amarillo, pero con la salvedad de que no lo hacía del todo mal. ¿Cómo enseñar a algún compañero a poner inyecciones?, ¿cómo enseñar a escribir a máquina?, ¡imposible!

Aquel día ayudé al brigada a preparar las listas de los que se iban de viaje, unos a Lora del Río y, otros, a sus casas. ¡Iban a pagar dietas!, ¡ya no iban a ir escoltados! Al pasar nuevamente las relaciones por mi mano en la Plana Mayor, me di cuenta que se habían duplicado, y en algunos casos triplicado, las cantidades que se habían entregado en metálico, ¡la diferencia al bolsillo del teniente! Me quedé con una copia de los originales, era una bonita ocasión para ver cómo respondía el nuevo comandante.

Estando escribiendo el oficio a la Agrupación, empecé a hacer gestos con la cabeza como diciendo: ¡esto no lo comprendo!, ¡no ha sido así! Al final dije: “mi comandante, esto está equivocado”. Yo ya me había dado cuenta de que el comandante no había perdido detalle, pues estaba enfrente, y dijo: “aquí hay bastantes errores, ¿qué sucede?”. Mi comandante, yo he ayudado a pagar a mis compañeros, y esas cantidades no se han entregado -respondí-. Me miró muy serio, y dijo: ¡que venga el brigada!

La oficina de la compañía estaba situada a unos doscientos metros, en un cerro que dominaba el barracón, y una vez allí le dije: “si quiere un consejo como amigo, diga la verdad de lo que le pregunte el comandante”. Me mandaron salir, y quedaron solos el comandante y el brigada. Es fácil de deducir que le contó la verdad de la administración, desde la ropa que no se entregaba y constaba, hasta la última fechoría, sin contar la pérdida del suministro y la falsificación del estadillo de permanencia para coger más raciones.

Desde fuera se oían las voces: “pero, ¿qué no está? No mi comandante, se fue ayer por la tarde a Madrid y hasta el mediodía no vuelve”. Cuando el comandante le vió la bronca fue fenomenal; no le preguntó si era verdad o no, le acusó directamente, para después enviarle a un castillo -no dijo prisión-, expulsarle del ejército. El teniente marchó al día siguiente camino de la Agrupación, ¿arrestado?, ¿bajo expediente? No lo sé.

Los pocos que íbamos quedando, nos pasábamos el día preguntando: ¿cuándo se resuelve esto? Por entonces, la guerra mundial la iban ganando los aliados y eso, indudablemente, se notaba en la aminoración del mal trato. Todos los restos de los batallones de trabajadores se iban agrupando en Lora, ¿cuándo marcharíamos nosotros?

Muchos compañeros tenían hecha la propuesta de licenciamiento, pues aunque algunos se habían incorporado no hacía mucho, su tiempo de permanencia en los batallones de prisioneros o desafectos y campos de concentración les valía. A algunos les sobraba tiempo y otros se proporcionaron documentos, más o menos verdaderos, de los archivos de esos batallones.

El interés para los que esperaban la marcha, era procurar no ser arrestado por cualquier motivo, ya que traía como consecuencia inmediata el corte de pelo a doble cero, que le dejaba a uno la cabeza como una bola de billar. También existía el temor de caer enfermo, y aunque algunos lo estaban, hacían de “tripas corazón” con tal de no ser evacuados al hospital. Había un compañero de un pueblo de Gerona que era un verdadero artista en la caza de conejos a lazo. Salía de madrugada del barracón y siempre venía con un par de ellos, aunque al escolta de la puerta le daba uno de vez en cuando y tan amigos. La última vez que hizo una escapada le debió de picar algún bicho, ya que cuando por la mañana pasé reconocimiento, estaba en cama con un pie completamente hinchado. Al verle, dije: “tienes que ir al hospital tal”. Por favor -me contestó-, dame la baja para el trabajo, pero no me envíes para allí, estoy esperando la licencia y, además, ya sabes que nada más llegar, lo primero que hacen antes de preguntarte nada es cortarte el pelo y aislarte en un calabozo. Acepté la responsabilidad de tenerle en mi chabola, en el botiquín, poniéndole paños de agua caliente para localizar la picadura o lo que fuera. Estuve preocupado un par de días, hasta que salió un punto de pus, se lo saqué y le coloqué una sonda. ¡Qué valor le echamos!, él, por fiarse de mí y yo por aceptar aquella responsabilidad.

Podía contar varias anécdotas de mi profesionalidad, como la de aquel que le dio el sarampión con 30 años de edad. En los partes de baja ponía normalmente un interrogante en el diagnóstico, pues como ya

he dicho, D. Antonio no aparecía por allí, y aunque pregunté al mando, cómo no venía, no me dieron explicación. Al evacuarle al hospital, y firmado por el practicante, le quité el interrogante, pero antes había preguntado a mi madre por los síntomas que suele tener aquella enfermedad, como es sabido, de niño.

A Madrid bajaba cada quince días como mínimo, ya que tenía el pretexto de recoger las medicinas, y aunque éramos pocos y nos sobraban, las iba acumulando para Lora del Río por si acaso allí faltaban. Muchas familias y amigos, los domingos que no permitían los permisos, se acercaban por la sierra a pasar el día, ¿hasta cuándo?

Por fin, a finales del verano de 1945, vino la orden del traslado para Lora del Río, ya sólo quedábamos unos cincuenta hombres. Unos cuantos me ayudaron a empaquetar todo el material de la Plana Mayor y del botiquín. Nuevamente en marcha hacia Andalucía, pero hacia un lugar completamente distinto de donde habíamos estado ¡Gaucín! Aquellos alrededores del Campo de Gibraltar donde, en aquellos años, reinaba la más completa miseria.

No he pretendido hacer, ni mucho menos, un estudio socioeconómico de los lugares por donde hemos estado, pero era necesario informar para una mejor comprensión de lo que he relatado.

De Lora del Río (Sevilla), sólo recuerdo una calle larga cerca de la estación de ferrocarril y unas casas bajas muy blancas. No tuve contacto con la población civil, desde que llegamos ni un sólo día me dio permiso para alejarme de la oficina. Ya no había ningún trámite burocrático, sólo ordenar archivos y etiquetar lo etiquetable. Tenía el comandante la obsesión del bien hacer, ¡qué lo hicieran otros!

En noviembre de 1945, me informé de que a la quinta del 42 la habían licenciado en muchas regiones y así se lo comuniqué al comandante. Éste me contestó que no sabía nada, pero que la orden de mi licenciamiento tenía que venir de Capitanía General, no valieron mis argumentos. Los trámites que se seguían eran, una propuesta por parte de la Plana Mayor, con arreglo al Boletín Oficial -entonces se llamaba de otra forma-, y la aprobación posterior de Capitanía.

Estaba convencido de que me tenía que marchar, cosa lógica, pero lo estaba deseando por varios motivos, no sólo por lo que “arrastraba” en

mi actuación de los últimos años, sino porque los de mi quinta estaban en casa. Además, el último que quedaba del conflicto de Gaucín era yo, y en aquellos tiempos pensaba que quizás la responsabilidad caería sobre mí. Me preparé un pase y una lista de embarque, y a mi compañero le dije que me iba a Sevilla a solucionar mi asunto. ¿Quién ordenó que la quinta de 1942, mejor dicho, los reclutas de esa quinta que estábamos en libertad condicional, nos incorporáramos a los batallones de trabajadores? ¡Creo que nadie!

Pasados los años, me enteré que los que estaban en situación análoga no se presentaron o incorporaron a la mili, se presentaban a la autoridad que les tenían asignados por estar en libertad condicional cada quince días o un mes. Creo que los que “bailamos” con la más fea en toda España no llegamos a una docena.

Una vez en Capitanía, pregunté por el departamento que llevaba los licenciamientos. Llegué hasta el despacho de un comandante, el cual, después de saber el motivo de mi visita, me dijo que lo primero que tenía que hacer era ir vestido de militar y después hacer la reclamación por el conducto regular reglamentario. Siempre he sido un hombre de temperamento, y como un acto de injusticia no lo aguantaba y aún hoy sigo sin aguantarlo, le contesté la monstruosidad jurídica, que a mi juicio, se había cometido y, después, que ropa militar no tenía, pues en cuatro años sólo me habían dado una cazadora y un pantalón y la demás ropa por mi cuenta. Total, que nos levantamos la voz mutuamente y me echó del despacho, afortunadamente sólo fue eso, porque pensé que de allí salía detenido.

Cuando iba por el pasillo, se me acercó un soldado y me dijo: “mi hermano también ha estado en la cárcel y en esos batallones. Deme sus señas, y no se preocupe de más”. Al darle las gracias por su ofrecimiento, me dijo que vivía en el barrio de San Bernardo por si quería ir a su casa una vez me licenciaran, ¡gracias amigo! Nunca pude testimoniarle mi agradecimiento, pasaron los años y no pude ir. Primero, porque nuevamente volví a la cárcel por mi presunta lucha contra el franquismo, luego, la clandestinidad, etc. ¡Gracias nuevamente!

Yo recogía toda la correspondencia del batallón, seleccionaba lo que fuera de trámite, contestaba por escrito y después le ponía los oficios al

comandante para que los firmara. Si sólo él tenía que darles solución, se los dejaba abiertos o cerrados. Aquel día, al recibir un sobre de la Capitanía General de Sevilla, me figuré que era la contestación del joven que me había interpelado, aunque en honor a la verdad, no estaba seguro si sería algo peor -lo relacionado con el altercado del comandante-, ¿qué me puede suceder? ¡Lo ignoro! Pasé un mal rato hasta que me llamó nuestro “mandamás”: ¿ve usted cómo tenía razón, que la orden tenía que venir de Capitanía? Bueno, pero de momento, por necesidades del servicio, usted no se puede marchar.

Traté de convencerle de que yo allí no era necesario, ya que tenía preparado un sustituto. Al final lo conseguí pero siguió insistiendo: ¡Necesito que la orden de marcha la firme el comandante de la plaza junto con la lista de embarque! Pero, mi comandante, ¿si me puedo marchar sin esos trámites! Se me quedó mirando, y al final dijo: ¡haga lo que usted quiera! (pensando que no iba a marcharme sin documentación). Estaba completamente despistado, si tenía documentos para los demás, tenía que ser tonto de remate si no los guardaba también para mí.

¿Legalmente podía retenerme? -no aguantaba más estar allí-. Así pues, arreglé todos mis documentos partiendo de la base de la orden de Capitanía General. La orden no quedó archivada en mi expediente y me la llevé a casa, normalmente escribíamos un oficio donde se trasladaba la orden superior y el original se quedaba allí. Creía que se habían terminado mis cuitas, cuando a los ocho días de estar en casa, recibo un telegrama del compañero que había dejado en mi puesto, diciendo, con clave establecida de antemano, que habían descubierto irregularidades en los licenciamientos del último año y me culpaban a mí. Al parecer, posteriormente hubo una reunión de los mandos de las Planas Mayores de la Agrupación y decidieron dar el “carpetazo”. ¡Había muchas responsabilidades propias por negligencia o ignorancia!

EPÍLOGO

Como se habrá observado, hay detalles que están muy poco explicados, pero el buen juicio del compañero/a lector/a servirá para ampliarlos.

En nuestro paso por los destacamentos de Jubera, Alsasua y Gaucín, podría dar la sensación de que el hambre, el frío y el calor, no eran factores decisivos de nuestras penalidades, pero lo cierto, es que estaban muy menguadas por ser gente joven y con esperanzas del triunfo de los aliados, que pensábamos traería como consecuencia la terminación del franquismo. Bien es cierto, que si hubiéramos creído que la terminación de la guerra sólo serviría para que todo continuase siendo lo mismo, la desesperación hubiera hecho mella en más de cuatro con la consecuente aniquilación física y mental.

Cuando en Jubera íbamos pisando la nieve, la mayoría con calzado en malas condiciones y arropados con lo que teníamos o podíamos, nos permitíamos el lujo de cantar imitando a los remeros del Volga en un símil de nuestra situación.

Cuando, como consecuencia del frío, no éramos capaces de encender la fogata, ya fuera por la humedad o por tener las manos ateridas, nuestra inutilidad la tomábamos a broma.

Cuando nos humillaban los escoltas, de una u otra forma, pensábamos en tiempos inmediatos para exigirles responsabilidades por su conducta.

Cuando nos daban un simple caldo con cuatro patatas, pensábamos en la oración por pasiva, o sea, ¡la revancha!

Cuando los oficiales y sargentos, ya fuera por su forma de pensar al considerarnos enemigos personales, por deformación de sus ideas o por órdenes verbales recibidas, nos maltrataban, procurábamos soportar su “mala leche” pensando en que algún día tendrían que dar cuenta ante los tribunales de justicia. Lo lamentable era que la deformación de sus mentes llegaba hasta metas insospechadas. Un sargento del destacamento de San Roque, ante la reclamación de un furriel de que se llevaba el sumministro que pertenecía a los soldados trabajadores, contestó que “¡para eso habían ganado la guerra!”.

Cuando nos llevaron a Río Blanco, Jubera y Somaen, sitio estratégico de comunicaciones, nos preguntábamos cómo nos habían traído aquí en plena contienda mundial, porque independientemente de que arreglásemos las vías, cambiásemos traviesas y ensanchásemos tuneles, no podían olvidar que éramos cientos de hombres potencialmente contrarios al régimen franquista. ¿Les hubiésemos permitido, en caso de que España hubiera entrado en guerra utilizar aquella importante vía en un momento determinado? ¡Unos cuantos barrenos en los tuneles!

Cuando nos llevaron a Alsasua y Salvatierra, tenían por objeto arreglar la vía del tren. No es de extrañar que pensarán reforzar los tramos deficientes, ya que en los meses sucesivos podían tener un elevado movimiento de tropas hacia la frontera.

Cuando confinaron a cientos de hombres, quizás miles, en el llamado Campo de Gibraltar (San Roque, Los Barrios, La Línea, etc.), ¿no llegaron a pensar en un posible desembarco aliado si España se ponía de una vez del lado de los alemanes?, ¿podíamos haberles causado problemas? *Finalmente* se deshacen los batallones de trabajadores. Algunos mandos nostálgicos dan la sensación de querer retrasar los licenciamientos, pero, al final, unos a casa y otros a la lucha clandestina contra Franco.

Nota aclaratoria

Fechas aproximadas en los distintos destacamentos del Batallón de Soldados Trabajadores num. 95.- 2ª Región Militar:

Campo de Concentración “Miguel de Unamuno”: del 15-5-1942 al 3-9-1942

*Destacamento en **Jubera** (Soria) de Septiembre 1942 a Junio 1943*

*id en **Alsasua** (Navarra) **Salvatierra** (Álava) de Junio 1943 a Mayo 1944*

*id en **Estación de Gaucín** (Málaga) de Mayo de 1944 a Julio 1945*

*id en **Collado Mediano** (Madrid) de Julio 1945 a Noviembre 1945*

*id en **Lora del Río** (Sevilla) de Noviembre 1945 a Diciembre 1945*

En el epílogo de éste relato, ya manifiesto que hay detalles o situaciones muy poco explicadas o detalladas, posiblemente por que no he deseado que se vea “victimismo”, pero ante la insistencia de amigos y compañeros, haré mención de algunos:

Barracón de Jubera (Soria): Tenía aproximadamente 40 metros de largo por ocho de ancho. Allí pernoctábamos unos 150 hombres. Los petates se extendían por el suelo de tierra, por todo el perímetro de uno en uno y dos en el centro. No quedaba hueco alguno para pasar o moverse y ante una emergencia por la noche, fisiológica se entiende, había que hacerlo pisando los petates y colchonetas. Al carecer de servicios higiénicos, lo usual era “pedir” permiso al escolta para salir, éste se encontraba a unos dos metros de la puerta ante una “fogata”, al aire libre, pasando frío y como consecuencia, por mala leche no contestaba.

*El agua potable (de alguna forma lo llamaremos), se recogía directamente del río **Jalón**, que pasaba a unos metros del barracón.*

*El avituallamiento se efectuaba después del trabajo, por la noche, con voluntarios o por lista diaria, hasta el pueblo de **Jubera** (dos o tres kilómetros con diez kilos cada uno a “golpe de costillas”, a través de un camino impracticable con nieve, lluvia o un frío intenso de diez o quince grados bajo cero).*

*En **Alsasua** (Navarra) la nave donde nos ubicamos, ya lo he indicado anteriormente era una nave de Renfe y sobraban metros cuadrados para todo, por lo cual el frío o el calor eran los “señores” del lugar.*

*En **Salvatierra** el barracón no tendría mas de 20 metros de largo por ocho de ancho, pero al tener dos compartimentos de altura de madera, era “mas cómodo” que el de Jubera. Así mismo, al licenciarse todos los meses o semanas algún compañero, se iba “creando puestos”.*

*En **Alsasua** (Navarra) no había problemas en el suministro de víveres, lo más elemental se compraba directamente en el pueblo, menos el azúcar y el aceite, que con el pan lo traíamos de **Pamplona** de Intendencia del Ejército. El agua la recogíamos directamente de las fuentes que tenía el ferrocarril en la estación o en algunos lugares no lejos del barracón.*

*En **Salvatierra** (Álava) el avituallamiento, estaba centralizado en Alsasua. El agua potable de la fuente de la estación, aunque en invierno, y debido a las condiciones climatológicas, por no ir campo a través, se fundía la nieve para condimentar o preparar las comidas en las “cocinas” rudimentarias.*

*En la **Estación de Gaucín** (Málaga) las características eran poco mas o menos las mismas, destacando una vez mas la absoluta falta de higiene, por carecer de los mas elementales servicios para tal fin.*

*Las comidas se efectuaba en plan de campaña, al aire libre, excepto la cena que una vez repartida a la intemperie podíamos pasar al barracón. En **Lora del Río** (Sevilla) el número de efectivos de soldados trabajadores en el mes de diciembre de 1945, eran muy limitados ante la eminencia de la disolución de ésta unidad represiva.*

Los soldados escoltas (regulares) llamados así por nosotros, su misión era servir como tales, la mayoría les habían licenciado. Estos individuos habían sido movilizados durante la Guerra Civil, prestando sus servicios en el ejercito republicano.

A pesar que los efectivos de los soldados trabajadores eran mínimos, seguía existiendo la discriminación activa y pasiva, (barracón aparte y servicios de limpieza en determinados lugares del pueblo).

La plana mayor del batallón, como siempre en lugar preferente (una casita de planta baja, en los alrededores de la estación de ferrocarril). El resto de los soldados trabajadores del batallón, se ubicaron en un barracón no muy lejos de nosotros.

*Esta unidad, no fue una más del ejército regular franquista y jamás de título **disciplinaria**, como indica el certificado del Archivo Militar, se formó para tener el control de jóvenes en edad militar, que habían “servido” en el ejército republicano, con el agravante que habían sido procesados, juzgados y condenados a prisión, por tribunales militares que usurparon la legitimidad del gobierno republicano.*

***Josefina y Carmen** (mis amigas predilectas) estaba informado que hacía años ya no vivían en **Alsasua**, pues de forma indirecta tenía conocimiento de sus vidas, antes y durante mi estancia en el batallón y el motivo de dejar de escribirlas fue por que las podía perjudicar social y políticamente, una vez en Madrid, a los pocos meses me volvieron a detener por mis actividades o supuestas actividades políticas y condenado a prisión (sirvan estas breves líneas de explicación, de disculpa y de cariño).*

Como indico en posteriores páginas “me tomé” dos permisos durante mi permanencia en Alsasua, (el tren correo lo tomaba por la noche del



Fotografía hecha en el mes de marzo de 1944.

sábado, llegaba a Madrid aproximadamente a la siete de la mañana y la vuelta el domingo por la noche y antes que “notaran” mi ausencia, el lunes ya estaba en mi destino, para coger el tren con mis compañeros, para Pamplona a recoger el suministro de intendencia, claro es que contaba con la “complicidad” para efectuar esta operación de transporte.

El viaje, lógicamente su cuantía por cuenta del ejército o de Renfe. En aquellas fechas y supongo que ahora lo mismo, pero con más control, existía para el ejército, las llamadas “listas de embarque”, documento que una parte de él se quedaba el interventor del tren y otra el interesado, que siendo legal había que entregarle. Como esta especie de pasaporte lo “cogía” de la oficina, ya sellado, solo tenía que rellenarlo.

Naturalmente que corría un riesgo jurídico (falsificación de documento oficial, posible cargo de desertión o abandono de destino, etc.) y además la vigilancia constante de la policía militar, aunque llevaba mi

documentación “en regla” (un oficio firmado y sellado donde se “rogaba a las autoridades que iba en comisión de servicios y que me prestaran todo el apoyo que fuere necesario”).

Lógicamente que cuando llegaba a casa me cambiaba de ropa (por la calle desde la Estación del Norte a Bilbao y después a mi domicilio no andaba mas de 100 metros y además contaba con la indumentaria “rara” y sobretodo con la camisa azul que llevaba con la guerrera.

Regalé a mis amigas varias fotografías como ésta. Para ellas era lo mejor que podía hacer en mis circunstancias personales.

Este edificio “Parador Mendía” estaba hasta el año 1980 en la carretera Echarriaranz. Muy cerca de la plaza del pueblo. Ignoro si en la actualidad existe.



Foto en Alsasua: Año 1943. Compañeros de oficina y “destinos varios” del destacamento del 95 Batallón de Soldados Trabajadores (entre ellos un buen amigo de aquellas fechas que era cabo del ejército regular, era el furriel y el encargado del suministro de víveres con intendencia en Pamplona).

Capitanía General de la 2.ª Región Militar		Subinspección
SECCIÓN DE A.G.		
NEGOCIADO	3.ª	
AUXILIOS		
RACIONES		
BACAJES		
OTROS		
Ido al n.º	0810	
de a	Trabajadores	

Por Delegación de S. E. el Capitán General de esta Región, concedo pasaportes a favor de soldado de la Agrupación de Soldados Trabajadores de esta Región, ISAAC ARENAL CARDIEL, para que se traslade a MADRID, punto donde figa su residencia por haberle sido donado el licenciamiento por haber concluido el tiempo de su servicio activo en esta cuenta del estado.

Se ruega que Autoridad competente no ponga impedimento alguno en su marcha, facilitándole los auxilios y raciones que le corresponden y al margen se expresan.

Sevilla 12 de diciembre de 1945.

El General Subinspector
De Orden de S. E.
EL TENIENTE CORONEL

[Firma]

Imp. Bar. 1945 - Sevilla 10

En este documento, como señalo en páginas posteriores, no quedó archivado en mi expediente en el Batallón. Me sirvió durante años como único "papel" oficial y particular y esa es la causa de que se encuentre muy deteriorado.

En el año 1970 y de paso para San Sebastián, visitamos Alsasua (Navarra). A mi mujer le había hablado infinidad de veces de la bondad de sus gentes y el inmenso cariño que tenía a algunas personas, entre ellas a Carmen y Josefina, o Josefina y Carmen.

Ignoro si fue por que estaba lloviendo, por la emoción del momento o por que se nos hacía tarde, la mente me jugó la "mala partida" y no reconocí el lugar. Solamente la plaza con el kiosco de la música y el Parador. ¡Lamentable!

En el año 1980 y por motivos personales (también políticos y sindicales) y procedente de Pamplona, nos acercamos para "intentar quitarme el disgusto de mi anterior estancia" y tristemente me sucedió lo mismo ¿estaba todo tan cambiado?

*La falta de información de las personas que pregunté en dos bares, posteriormente pensé que fue como consecuencia de los problemas políticos de aquellas fechas y que un coche con matrícula de Madrid podría sugerir ciertas suspicacias; y tenía que haber pedido apoyo a mis camaradas y compañeros de **Pamplona**.*

*...Me desplazé a **Lora del Río** (Sevilla) en el año 1980 a recoger información sobre los últimos días de la estancia allí del Batallón y constatar otros hechos sucedidos en los destacamentos de **San Roque**, **Los Barrios** (Algeciras) ya que tenía conocimiento de que un antiguo compañero fijó su residencia allí después de su licenciamiento. Conociendo su nombre y su profesión, no me fue difícil encontrar su lugar de trabajo. Después de la sorpresa de mi visita y de haberle encontrado, no fue muy receptivo a darme explicaciones en ese lugar, por lo cual le dí mi domicilio y le sugerí que me escribiera. A pesar de insistir desde Madrid no lo hizo ¿el porqué? ¡Lo ignoro!*

Por motivos particulares he ido varias veces a LORA en los últimos años. Desde 1990. Sinceramente no he querido ponerle en el compromiso de que me diera una explicación, de la que no estaba obligado, naturalmente, pero teniendo en cuenta algunos factores anteriores..., si lo tenía que haber hecho.

SUBDIRECCION DE ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

ARCHIVO GENERAL MILITAR DE GUADALAJARA

DON ANTONIO LOPEZ GARCERAN, CAPITAN DE INFANTERIA, JEFE DE LA 1ª SECCION DEL ARCHIVO GENERAL MILITAR DE GUADALAJARA, DEL QUE ES JEFE INTERINO EL COMANDANTE DE OFICINAS MILITARES DON JOSE VILCHEZ HEREDIA.

C E R T I F I C A D O : Que según los datos que obran en este Archivo correspondientes a DON ISAAC ARENAL CARDIEL, nacido en Madrid, el 12 de Marzo de 1921, hijo de Felix y de Paula, permaneció en Campos de Concentración y Batallones Disciplinarios de Trabajadores los periodos de tiempo que a continuación se indican:

- Campo de Concentración de Miguel de Unamuno, desde el 15-05 -1942 al 03-09-1942.
- Batallón Disciplinario de Trabajadores nº 95, desde el 03-09-1942 al 31-12-1945.

Y para que conste, a los efectos que proceda, se expide el presente en Guadalajara, a ocho de Mayo de mil novecientos noventa y uno.

EL COMANDANTE JEFE INTERINO.



El motivo de solicitar éste certificado, fue por la posibilidad de conseguir la ampliación de la Ley 4/1990 del 29 de junio, ya que en nuestra petición al gobierno, de mayoría socialista en el parlamento, solicitábamos que se tuviera en cuenta a todos los efectos la represión política, como así había sucedido en los países que sufrieron persecución nazi.

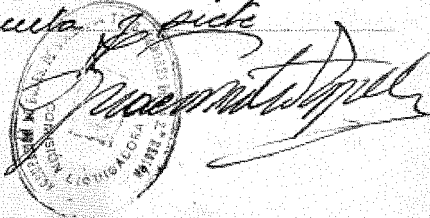
Sólo se consiguieron después de múltiples reuniones con los representantes del Gobierno que nos dieran unas migajas por estar en las cárceles más de **tres años**. (Esta es otra historia)...

Don Ignacio Martínez Topete, Comandante del Arma de Artillería, Jefe de la Comisión Liquidadora de la Agrupación de Batallones de Soldados Trabajadores de la 2.ª Región Militar.

CERTIFICO: Que el Soldado Trabajadores que fué de esta disuelta Agrupación, perteneciente al reemplazo de 1942 Isaac Arenal Cardiel, pasó a la situación de licenciado por O. M. trasladada por el Excmo. Sr. General Jefe del E. M. C. del Ejército, en escrito núm. 1897, de fecha 24 de Julio de 1946, habiendo causado alta en situación de reserva a la Zona de Reclutamiento y Movilización núm. 1 de Madrid

Y para que conste expido el presente que firmo y sello en Lora del Río (Sevilla) 27

NOVENA DE NOVENA
NOVENA DE NOVENA



Certificado de licenciamiento de la comisión liquidadora de la agrupación de **Batallones de Soldados Trabajadores de la 2ª Región Militar**.

Una vez más, se comprueba la **falacia de negar** la evidencia histórica de los hechos, comparando éste documento con el posterior de fecha 8-5-1991. En el 1º se escribe Soldado Trabajador y Soldados Trabajadores.

En el 2º se escribe **Batallón Disciplinario De Trabajadores**, se omiten el “Soldado” aunque reconoce “**Campo de Concentración**” de Miguel de Unamuno.

Durante la represión franquista jamás se escribió de esta forma el lugar donde nos concentraron. Su título era **Deposito de Reclutas**. ¡Sin más comentarios!